

BOLSILIBROS BRUGUERA



SERVICIO SECRETO

TRES MUERTOS EN LA PISCINA

Lou Carrigan



—Buenos días, señor.

Al Nickerson, inspector jefe de la Delegación del FBI en New Haven, alzó la cabeza, sonrió amablemente, y correspondió al saludo del agente especial que acababa de entrar en su despacho.

—Buenos días, Kent. Siéntate... ¿Cómo va ese asunto de la evasión de impuestos?

Kent Nixon se sentó en un sillón, delante de la mesa de su jefe, y encogió los hombros despectivamente.

—Yo no lo llamaría asunto, señor, sino asuntillo... Está terminado. Acabo de pasar la última parte del informe.



Lou Carrigan

Tres muertos en la piscina

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1425

ePub r1.0

Lds 21.11.18

Título original: *Tres muertos en la piscina*

Lou Carrigan, 1977

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2



SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

—Buenos días, señor.

Al Nickerson, inspector jefe de la Delegación del FBI en New Haven, alzó la cabeza, sonrió amablemente, y correspondió al saludo del agente especial que acababa de entrar en su despacho.

—Buenos días, Kent. Siéntate... ¿Cómo va ese asunto de la evasión de impuestos?

Kent Nixon se sentó en un sillón, delante de la mesa de su jefe, y encogió los hombros despectivamente.

—Yo no lo llamaría asunto, señor, sino asuntillo... Está terminado. Acabo de pasar la última parte del informe.

—Estupendo. Los hay que son listos, ¿verdad?

—Yo no los llamaría listos, sino listillos... y van que arden.

Nickerson emitió una risita, asintiendo con la cabeza. Le señaló a Nixon el paquete de cigarrillos, y el

G-man

encendió uno, con expresión visiblemente hosca.

—Pareces de mal humor —comentó Nickerson.

Kent terminó de expeler la primera bocanada de humo, y frunció el ceño.

—Se lo diré a mi modo, señor; estoy hasta las narices de asuntillos. Son las diez y pico de una hermosa mañana increíblemente soleada de este cochino invierno, he terminado un asuntillo de poca monta que me ha tenido aburrido más de una semana y... ¿cuáles son mis perspectivas? Pues, empezar otro asuntillo igualmente tonto entre tipos listillos que quieren estafar unos centavos al fisco. Vuelta a empezar. Dentro de una semana, terminaré este asuntillo, pero habrá otro parecido esperándome. Y dentro de dos semanas, cuando termine el asuntillo de turno, habrá

otro idéntico. Y dentro de tres semanas...

—Bueno, bueno, bueno —emitió otra risita Nickerson—. Me parece que no deberías quejarte de que la delincuencia se esté limitando a eso últimamente. Pareces un buitres en busca de carroña.

—Alguien ha de encontrar la carroña.

—Sí, pero es mejor que no haya carroña. Ya está bien que haya tanta basura...

—He pensado pedir mis vacaciones, señor.

—¿Vacaciones? ¿Ahora, en pleno enero? Supongo que estás pensando en ir a esquiar.

—No sé esquiar.

—Oh...

—Sé hablar en tres idiomas, tengo el título de abogado, sé coser, bailar, pintar, nadar, charlar, escribir, pelear de muchas maneras diferentes, conducir cualquier clase de vehículo, disparar con cualquier clase de arma... y muchas cosas. Pero no sé esquiar. Sin embargo, espero que mis demás conocimientos sean suficientes para disfrutar de unas estupendas vacaciones.

Al Nickerson que se había quedado atónito contemplando al rubio atleta de treinta años que así se expresaba, consiguió reaccionar por fin, sonriendo.

—Bueno, hombre, no te lo tomes así... ¿Adónde has pensando ir de vacaciones? Eso, en el supuesto de que te las conceda, claro.

—A Nueva York.

De nuevo se asombró Nickerson.

—¿A Nueva York? Pero... si está aquí al lado. Puedes ir a Nueva York a divertirte con la suficiente frecuencia para que no necesites pedirme las vacaciones acumuladas.

—Psé —encogió los hombros Kent—. Cuanto más tiempo esté más me divertiré. Espero que sea usted tan amable de utilizar su influencia con el jefe de allá para que me acepte, señor.

—¿Con el jefe... de qué?

—De nuestra Delegación.

—¿Quieres ir a ver al jefe de la Delegación de Nueva York?

—Sí, señor.

—¿Para qué?

—Pues yo creo que está bien claro, señor; para pedirle que me

permita disfrutar las vacaciones con él.

—¿Con el jefe de la Delegación del FBI en Nueva York?

—Claro.

Nickerson parpadeó. Luego se rascó la coronilla, perplejo en verdad.

—Pues estará muy claro para ti, pero no para mí... ¿Qué clase de vacaciones esperas pasar con un inspector-jefe del FBI?

—Las mejores, señor; estoy seguro de que en Nueva York hay mucha carroña. Un mes de carroña quizá me satisfaga para bastante tiempo.

Albert Nickerson volvió a quedar estupefacto. Ahora sí que creía entender, pero claro, no era posible...

—¿Me estás diciendo que piensas pasarte tus vacaciones trabajando en la Delegación de Nueva York?

—Yo diría que me he expresado muy claramente, señor...

—Por el cielo —clamó Nickerson—. Es la idea más tonta que he escuchado jamás. Pedir las vacaciones en la Delegación del FBI en New Haven para irse a trabajar en la Delegación del FBI de Nueva York un mes. Estás bromeando, claro.

—No señor. Es que... me aburro, ¿sabe?

—¡Te aburres! Escucha, para los que se aburren como tú, yo tengo un remedio infalible: matrimonio. Ya verás...

—Oiga, jefe —refunfuñó Kent—. Yo he pedido diversión, no esclavitud. Ah, olvidé decirle que además de coser, cantar y todo eso, sé cocinar. Tengo frigorífico, lavaplatos, lavadora automática para la ropa, cocina eléctrica... ¿Para qué quiero una mujer?

—No se me ocurre —rió Nickerson.

—Le aseguro que no soy un maníaco sexual. Así que...

Kent Nixon calló bruscamente, porque acababa de sonar el zumbido de llamada en el intercomunicador. Sonriendo, Nickerson admitió la llamada.

—¿Si?

—Señor —sonó en el despacho la voz de su ayudante—. Hay un caballero aquí que pregunta por usted.

—¿Quién es? ¿Qué quiere?

—Tengo aquí su tarjeta. Se llama Avery Newberry, y dice que solamente expondrá su asunto ante el jefe de la Delegación.

—Bien... De acuerdo, que pase.

Nickerson cortó la comunicación y miró a Kent, que se había puesto en pie.

—¿Adonde vas? —Frunció el ceño.

—Esperaré afuera. Esa visita...

—Ya te lo diré yo si has de salir o no. Mientras tanto, permanece aquí, porque en cuanto termine con esa visita, tengo algo para ti.

—Espero que no sea una esposa; eso es peor aún que un tipo listillo que evade impuestos.

—Te aseguro que no trabajo para ninguna agencia matrimonial —volvió a reír Nickerson, señalando un sillón más alejado—. Siéntate y espera.

La puerta del despacho se abrió cuando Kent acababa de sentarse y tomaba entre sus fuertes dedos el último número de la revista oficial del FBI, *The Investigador*. El ayudante de Nickerson introdujo a la visita, y se fue, cerrando la puerta. Kent miraba con agrado al visitante, que era un hombre de algo más de cincuenta años, buena estatura, delgado, vestido con serenidad y elegancia. Tenía más cabellos blancos que negros, y eso le daba un magnífico aspecto señorial, distinguido. El único defecto que le encontró Kent a primera vista fue que parecía algo más pálido y demacrado de lo normal, pero, por lo demás, parecía uno de esos hombres que en el cine siempre hacen papeles de aristócrata amable y mundano. Le gustó.

—Buenos días —saludó el recién llegado—. Gracias por recibirme, inspector.

—Buenos días... Siéntese por favor, señor Newberry.

—Gracias —el recién llegado se sentó donde antes lo había hecho Kent, y volvió la cabeza hacia éste, sonriendo—. ¿Es uno de sus hombres?

—Sí, sí, en efecto —murmuró Nickerson—. El agente Nixon. Yo soy el inspector Nickerson. ¿En qué puedo servirle, señor Newberry?

Avery Newberry se pasó una mano por la barbilla, y quedó meditabundo, como haciendo acopio de ideas. Nickerson lo contemplaba atentamente, y Kent lo hacía con la debida discreción, pero interesado. A lo mejor, tenían allí un caso interesante, y entonces no tendría que ir a Nueva York, ciudad que detestaba, por demasiado grande; le parecía espantosa. Sí, señor; le gustaba aquel

sujeto.

El cual, de pronto, dijo:

—Ante todo, debo decirle que desde siempre he sido un gran admirador del FBI, inspector Nickerson.

—Ah. Bueno, señor Newberry, es usted muy amable. Gracias.

—No hay de qué. Para muchos, en especial en los últimos tiempos, el FBI es una... policía más, pero a mí me consta que no es así. Por años que pasen, el FBI tendrá siempre un... sello especial en sus actuaciones. Por supuesto que no estoy hablando de su parte técnica, que ya está al alcance de otros cuerpos policiales más vulgares, sino de su espíritu especial. Hace algunos años leí un folleto que explicaba en qué consistía el FBI y ser agente especial, y francamente, estuve tentado de presentarme para ser admitido... Pero tuve que desecher la idea por motivos muy personales. Esto fue para mí lo que se llama una frustración, pero, claro, la vida sigue. Tuve que resignarme.

Al Nickerson, desconcertado dirigió una mirada de reojo al no menos desconcertado Kent Nixon, que escuchaba boquiabierto al señor Newberry.

—Bien... Naturalmente, la suya fue una actitud muy razonable, señor Newberry. Por diversas causas, no todo el mundo que lo desea puede ingresar en el FBI.

—Por supuesto. Lo que he hecho a partir de entonces es seguir en todo momento su labor... Tengo en mi casa un tomo enorme lleno de recortes de periódicos y revistas, en los que se habla del trabajo de ustedes.

—Ah... Vaya, estupendo.

—Me gustaría enseñarles ese álbum algún día. Hay noticias verdaderamente interesantes e importantes. Y no sólo del país, sino del exterior. Pienso seguir coleccionando todos los artículos que merezcan un especial interés, y a mi muerte, legar el álbum al FBI. Como una especie de homenaje de su más grande admirador.

Nickerson estaba boquiabierto. Kent había dejado la revista, y contemplaba ya sin ningún disimulo a Avery Newberry, no menos pasmado que su jefe.

—En verdad que es usted amable con el FBI, señor Newberry —pudo farfullar por fin Nickerson—... Le aseguro que estaremos encantados de aceptar esa... herencia... que esperamos tarde mucho

en llegarnos.

—Nunca se sabe —sonrió prietamente Newberry.

—Sí, claro. Mmmm... Sí, todos estamos expuestos a lo más desagradable en cualquier momento, sin duda... Señor Newberry; ¿ha venido usted a comunicarnos eso?

—No, no. Por nada del mundo haría perder el tiempo a mi admirado FBI, inspector. El motivo de mi visita es muchísimo más serio. Verá usted... Una de las cosas que siempre me han fascinado de ustedes es el... proceso que siguen en sus investigaciones. Ya sé —alzó con gesto amable ambas manos— que no van a darme explicaciones a mí, lo comprendo. Pero ¿qué quiere? Una de las cosas que no quisiera ignorar a mi muerte, es cómo se las arreglan ustedes para descubrir... lo que hay que descubrir. Naturalmente, en los periódicos y revistas se dan siempre algunas... peregrinas explicaciones que suelen satisfacer al ciudadano corriente; eso no me satisface a mí. Lo que a mí me gustaría es vivir *desde dentro* una de esas investigaciones del FBI.

—Temo que no le comprendo, señor Newberry —casi se mosqueó ya Nickerson.

—Estoy tratando de decirle que me gustaría presenciar en directo una de sus investigaciones, así que...

—Me parece que eso no va a ser posible, lo siento.

—Yo más bien diría que es inevitable, inspector.

—Mire, señor Newberry...

—Por favor, déjeme hablar, se lo ruego.

—Es inútil —negó hoscamente Nickerson—. Puede estar seguro de que no se le permitirá participar en ninguna de nuestras investigaciones.

—¿Ni siquiera sobre un asesinato que yo mismo haya cometido?

Nickerson y Kent respingaron a la vez... Se quedaron mirando a Newberry, que sonreía plácidamente. No cabía la menor duda de que el señor Avery Newberry lo estaba pasando fenomenal. Daba la impresión de un niño enamorado del circo y al que un día, los trapeceistas, el domador, los payasos y el hombre come-fuegos lo invitan a una sesión privada para enseñarle sus trucos y méritos.

—Señor Newberry, ¿está tratando de decirnos que ha cometido un asesinato? —susurró por fin Nickerson.

Newberry alzó la mano derecha, cerrando el pulgar y el índice,

de modo que quedaron alzados el meñique, el anular y el corazón.

—Tres —aclaró.

—¿Ha cometido tres asesinatos? —graznó Nickerson.

—En efecto.

Los dos hombres del FBI parpadearon como si tuviesen los ojos llenos de telarañas. Kent se puso en pie, y fue a apoyarse en la mesa de su jefe, para poder mirar más de cerca al asesino por partida triple. Nickerson parecía de piedra.

—Vamos, vamos... —sonrió Newberry—. Tengo la seguridad de que no es ésta la primera vez que alguien les hace una confidencia de este tipo, señores. No me decepcione. ¿A qué tanto asombro?

—No —gruñó Kent—. Si no estamos asombrados, de veras. Asesinar a tres personas y venir a contárnoslo a nosotros es de lo más vulgar, señor Newberry. Cada día tenemos veinte o treinta casos como el suyo.

—¿A quién ha matado usted? —murmuró Nickerson.

Avery Newberry metió la mano derecha bajo la solapa izquierda de su chaqueta. Y sonrió cuando la mano de Kent Nixon apareció ante sus narices empuñando la automática.

—Maravilloso —dijo con admiración—. Por supuesto, se habla y se escribe de la rapidez de un

G-man

en sacar la pistola, pero nunca había conseguido verlo. ¿Se da cuenta, señor Nixon? Ya he conseguido satisfacer una de mis curiosidades. Es usted muy rápido, de veras. Y ahora, si me lo permite, sacaré un sobre de mi bolsillo.

Kent asintió con la cabeza, pero atentísimo a la mano de Avery Newberry. Mano que, efectivamente, reapareció con un sobre, que tendió al inspector-jefe Nickerson. Éste lo tomó inmediatamente, lo abrió, y sacó una cuartilla de excelente papel, en la cual, simplemente, a máquina, había escrito lo siguiente:

«Chalmer Rawson. 65, Donemn Lane. New Haven».

«Owen Robinson. 208, Davenport Avenue. New Haven».

«Marvin Watkins. 114, Davis Street. New Haven».

Nickerson traspasó la cuartilla a Kent, que la leyó rápidamente y miró a Newberry.

—Ha olvidado usted poner la fecha y la inscripción mortuoria, señor Newberry, q. e. p. d.

—La verdad es que no recuerdo las fechas exactas —casi rió Newberry—. En cuanto a eso de «que en paz descansen», no lo he puesto porque espero que no descansen nunca en paz.

—Ah. Parece que no les tenía usted simpatía.

—En absoluto.

—Señor Newberry —intervino Nickerson—; suponiendo que todo esto no sea una estúpida broma que le costaría cara... ¿por qué ha matado usted a esos tres hombres?

—Eso es lo que espero que ustedes descubran.

—Ya. Bien... ¿Dónde están los cadáveres?

—También eso tendrán que descubrirlo.

Nickerson y Kent cambiaron una mirada, antes de volver a mirar, ahora hoscamente, a Newberry.

—¿Nos está usted... desafiando?

—¡No! —Exclamó Newberry—. Claro que no. Solamente quiero verlos en acción.

—Interesantísimo... Pero si no hay cadáveres, no hay crimen, y si no hay crimen, no hay acción por parte del FBI.

—Oh, estoy seguro de que ustedes no tardarán mucho en encontrar los cadáveres. Este mismo joven —señaló a Kent— que tan buen sentido del humor parece tener, seguramente está capacitado para empezar las investigaciones.

—Sin la menor duda —asintió Nickerson—. Pero empezar... ¿por dónde? Espere, espere... Ciertamente, tenemos tres nombres y tres direcciones... Posiblemente, no encontraremos a ninguno de éstos tres. Pero, la no presencia de una persona no indica fallecimiento, señor Newberry. Esos tres hombres podrían estar ahora tomando ricamente el sol en Miami, y nosotros los estaríamos buscando como tontos para que usted se divirtiese.

Avery Newberry quedó pensativo unos segundos. Luego, abrió la boca, volvió a quedar pensativo, y por fin movió negativamente la cabeza.

—No. No se lo voy a decir, inspector. No es conveniente. Es mejor que los encuentren ustedes.

—¿Cómo los mató? —preguntó Kent.

—A balazos. Me compré en un sitio alejado de aquí un rifle «Winchester» y también una mira telescópica. Primero, conocí a uno de esos hombres, el llamado Chalmer Rawson; esperé a que se relacionase con otro, y entonces maté a Rawson. Vigilé al otro, al que se llamaba Owen Robinson, y cuando le vi relacionarse con un tercero, maté a Robinson. El tercero, era ya lo habrán comprendido, Marvin Watkins, al que también maté...

—¿Y por qué se ha detenido en el tercero? —Masculló Kent—. Podía usted haber seguido así toda la vida.

—No podía seguir adelante.

—¿Por qué?

—Cosas mías.

—Pero... entendemos que si no fuese por esas «cosas tuyas» sí habría seguido matando gente, señor Newberry.

—Ah, sí. Sí, desde luego.

Nickerson se pasó una mano por la cara, más bien se dio un manotazo.

—Vamos a ver... Usted se compra un rifle, municiones, una mira telescópica, y se dedica a matar gente. No quiere decirnos por qué, ni dónde están los cadáveres. No quiere ni más ni menos que nosotros encontremos a los tres hombres muertos y que sepamos por qué los mató usted.

—Exactamente.

—Explique un poco mejor cómo los mató —insistió Kent—. ¿Apareció ante ellos y les disparó, o bien, utilizando la mira telescópica lo hizo desde lejos?

—Desde lejos, en efecto. Siempre fui un buen tirador... Ésa es una de mis facultades por las que hubiese sido apreciado en el FBI. Hace años fui un excelente cazador, pero luego tuve que conformarme con el tiro de salón; rifle y pistola. Puro deporte, desde luego. Sólo que me ha sido útil. Sí... De ellos. Los vigilaba, uno a uno. Yo no tenía nada más que hacer, ni demasiada prisa... Buscaba un buen sitio, y cuando decidía que al de turno le había llegado el momento, me apostaba allí, le esperaba y cuando aparecía... ¡plof! Le metía una bala en mitad de la frente.

—No irá usted a decirnos que es un profesional del crimen, señor Newberry.

—¡No! ¡Por supuesto que no! ¿Qué se han creído?

—Caramba, no hemos querido ofenderle —sonrió siniestramente Kent.

Avery Newberry lo miró, sonrió, y de pronto, se echó á reír.

—¡Usted me gusta! —aseguró—. Es el prototipo del agente especial del FBI, joven y ambicioso, inteligente, tenaz, que no se conforma con tonterías, que quiere algo grande, algo importante. Pues está bien; ya lo tiene.

—Ha hecho usted mi retrato —asintió Kent—. Y además, me ha ahorrado usted un mes de estancia en esa horrenda colmena llamada Nueva York. ¿A qué se dedica usted, señor Newberry?

—Soy arquitecto. Pero hace tiempo que no trabajo... Tengo más dinero del que voy a necesitar.

—Felicidades. ¿Dónde vive?

—En el 222 de Derby Boulevard.

—Buen sitio para vivir. ¿Le importaría que fuésemos allí a echar un vistazo? O tendremos que conseguir permiso que...

—Oh, no, no... Le firmaré mi permiso. No quisiera que el FBI perdiese el tiempo en tonterías.

—Muy amable. Hágalo, por favor. —Kent miró a Nickerson—. ¿Puedo, señor? Quiero decir que como hace poco terminé lo de...

—Sí, sí, hombre... ¿No querías carroña? Pues vamos a ver si la encuentras.

—Espero que el señor Newberry se esté dando cuenta de que si todo esto es una tomadura de pelo, él será quien se quede calvo. ¿Sí, señor Newberry?

—No hay tomadura de pelo, señor Nixon.

—Muy bien. Escriba ese permiso para entrar en su casa, por favor.

Avery Newberry tomó una cuartilla de encima de la mesa, y sacó su pluma estilográfica. Mientras él escribía, Nickerson le hizo una seña a Kent, y ambos se retiraron a un rincón del despacho, donde estuvieron cuchicheando. Newberry terminó y esperó con plácida actitud a que ellos diesen por finalizado el conciliábulo. Nickerson volvió a su sitio tras la mesa, y Kent se hizo cargo del permiso, y de la llave que le entregó Newberry.

—¿Va usted a llamar a un abogado, señor Newberry?

—Claro que no.

—¿Tiene algún inconveniente en quedarse en la Delegación por el momento?

—Siempre tuve deseos de estar aquí —sonrió el asesino.

Kent Nixon soltó un bufido, se guardó la autorización escrita por Newberry, hizo un gesto de despedida, y abandonó el despacho, mientras Nickerson, ante la complicidad y expectación de Avery Newberry, se inclinaba ante el intercomunicador y abría la línea.

—Oscar —gruñó—. Búsqueme inmediatamente a seis agentes. Y digo inmediatamente.

CAPÍTULO II

Kent Nixon detuvo el coche delante del número 222 de Derby Boulevard, pero pegado al bordillo de la acera de enfrente. Se quedó mirando a la casa, fruncido el ceño. Constaba de planta y piso, y delante tenía un bonito jardín alfombrado completamente de césped. La casa era blanca, con persianas verdes. Salvo pequeños detalles de gusto personal, era como las demás del elegante lugar. Una amplia avenida flanqueada por abundante arbolado, y luego los jardines con césped, abetos... No había vallas... Era la clásica zona residencial donde todos se conocen y viven tranquilamente... y confortablemente.

El

G-man

se apeó y todavía estuvo unos segundos contemplando la casa. No le habían preguntado a Newberry si vivía solo, pero esto parecía evidente.

—Tiene que ser una tomadura de pelo —reflexionó Kent—. Pero, de todos modos, ese tipo está loco. Vamos allá.

Se lanzó a cruzar la avenida, pensando que Newberry no parecía loco, ni mucho menos. Un arquitecto. Una persona culta; adinerada, educada... Y, por todos los demonios, a Kent Nixon le resultaba agradable y simpático Avery Newberry. Quizá, en efecto, fuese un asesino, pero le resultaba simpático... Por el momento, al menos.

Recorrió el sendero de grandes losas desiguales con césped entre medias, dirigió una indiferente mirada al garaje, construido a la izquierda de la casa, y siguió hasta la puerta de ésta. Sacó el llavín, lo introdujo en la cerradura, tanteó hasta encontrar la medida, y abrió.

Entró, cerró la puerta, y se rascó la coronilla.

—Bueno —se dijo—, no creo que un rifle con mira telescópica sea demasiado difícil de encontrar... si es que existe. Lo que ya no será tan fácil de encontrar son los cadáveres. No creo que el señor Newberry los tenga en la casa.

Efectivamente, el señor Newberry no tenía los cadáveres en la casa. Ni en el garaje al cual entró por la puerta interior de comunicación. Tampoco parecía, después de más de media hora de búsqueda, que tuviese allí rifle alguno, aunque esto ya era más fácil de esconder que tres hombres muertos.

Bueno, mala suerte para empezar, pero, realmente, no podía esperar que todo fuesen facilidades. El inspector Nickerson y él habían discutido las posibilidades de que Newberry fuese un poco loco y tuviese en casa el arma y las víctimas, pero decididamente, no era así. Habría que investigar más en serio, una vez fallida la fácil intentona de resolverlo todo en pocos segundos. De todos modos, y para empezar «en serio» aquella casa volvería a ser registrada, y no sólo por él, sino por un grupo adecuado.

—¿Y la parte de atrás? —se dijo de pronto.

Fue a la cocina nuevamente, y abrió la puerta; salió al jardín de atrás. Más íntimo, más recogido. Serio y ordenadísimo, no ese típico jardín donde juegan algunos niños, y donde los dueños se relajan tumbados en sofás-columpios. Bien mirado, aquél era el lugar donde vivía un hombre solo, metódico, ordenado; confortablemente, pero con cierta austeridad muy peculiar.

A la izquierda había otra casa, naturalmente, como a veinticinco metros. Y aquel jardín sí parecía más «habitado». En uno de los árboles se veía un columpio, y por el césped, una bicicleta, una pelota de *rugby*... Y una mesita y algunas sillas, esmaltadas de blanco, donde en verano debía resultar estupendo cenar.

A la derecha había también otra casa. El jardín trasero de ésta era un intermedio entre el de Newberry y la de su izquierda. Pero, detalle formidable; había una piscina. No muy grande, y con el agua un tanto turbia, con algunas hojas flotando en ella. Debían haberla dejado llena al finalizar el verano. Hay gente descuidada.

—Pues no me disgustaría vivir por aquí, en lugar de ocupar un apartamento —reflexionó Kent.

Echó un último vistazo alrededor, convenciéndose de que a menos que fuesen enterrados bajo el césped, allí no podían

ocultarse tres cadáveres. Ni siquiera un rifle.

Volvió a entrar en la casa, cerró la puerta de la cocina y volvió al salón. Había libros, trofeos de caza... Debía ser cierto que Newberry se había dedicado a la caza tiempo atrás. Era un sitio amable. Siempre serio, pero amable... ¿Qué clase de vida podía llevar allí un hombre sólo que no trabajaba, pero que tenía dinero suficiente para vivir bien?

De pronto, Kent chascó los dedos, y se dirigió a donde estaba el teléfono. Encontró el directorio, y se dedicó a buscar los tres nombres en cuestión. Y, en efecto, en las direcciones reseñadas por Avery Newberry, constaban aquellos hombres: Chalmer Rawson, Owen Robinson, Marvin Watkins. Bien, el inspector Nickerson debía haber movilizadado ya personal para aquella parte del asunto, por supuesto.

Se dejó caer en un sillón, pensativo. Había un silencio muy agradable, conveniente para pensar con toda calma. Solamente pudo llegar a dos conclusiones. Una: aquel caso era indudablemente el más extraño de su carrera policial. Dos: le gustaría echarle un vistazo al álbum que Newberry decía tener con recortes de periódicos sobre trabajos realizados por el FBI. Dirigió la mirada hacia la librería, se puso en pie, y movió negativamente la cabeza.

—Cada cosa a su tiempo. Lo importante es saber qué y quién es realmente Avery Newberry. Habrá que proceder a una investigación a fondo sobre él... y buscar sus relaciones con esos tres hombres a los que dice haber matado. Si sabemos esto, podremos saber porqué los ha matado.

Reflexionando todo esto, Kent se dirigió a la puerta, la abrió, salió...

Y se encontró delante de dos policías uniformados que le apuntaban con sus pistolas, mirándolo duramente.

—Las manos en la cabeza —dijo uno de ellos—. ¡Pronto!

Kent abrió la boca. Luego la cerró, frunció el ceño, y colocó sus manos sobre la cabeza, entrelazando los dedos.

—De cara a la pared —ordenó el otro policía.

Kent Nixon se volvió, y entonces vio a la muchacha delante de la casa que tenía piscina detrás. Un poco más allá, el coche de la policía, el patrullero. Pero le gustó más la muchacha. Aunque no podía verla bien, si distinguió perfectamente que era pelirroja, y

que tenía una figura sensacional. A él le habían gustado siempre las pelirrojas... aunque no hasta el extremo de casarse, claro. La muchacha estaba mirando hacia ellos, inmóvil.

Uno de los policías lo estaba cacheando y, naturalmente, encontró enseguida la automática, que retiró en el acto de la funda axilar, emitiendo un sonido de sobresalto. Luego, le quitaron la billetera... y dos o tres segundos más tarde, oía la exclamación del agente policial. Un instante después, la del otro.

—¡Canastos! ¡Vaya metedura de pata!

—¿Puedo bajar las manos? —preguntó Kent.

—Y vuélvase —el

G-man

obedeció y el policía se rascó la cabeza con la culata del revólver—. Caracoles, lo siento, amigo. Dale sus cosas, Pete.

El otro policía devolvió la pistola, la billetera... y el estuche de piel donde estaba la insignia y la credencial del FBI a nombre de Kent Nixon.

—Lo sentimos de veras —masculló.

—No hay cuidado —aceptó Kent las disculpas—. Además, a ustedes y a mí nos pagan para cumplir nuestro trabajo... ¿Me vieron llegar, y me vigilaban, quizá?

—No... Nos llamaron por la radio desde el Departamento, diciéndonos que habían denunciado la entrada de un hombre en la casa del señor Newberry, así que...

—¿Quién llamó a su Departamento? ¿Lo saben?

—Desde luego. Fue desde la casa de la señora Baker —el policía señaló hacia la casa en cuya entrada estaba todavía la pelirroja—. Dijeron que habían visto un hombre en el jardín de atrás, y que luego había entrado en la casa. Y claro, después de aquello que ocurrió con la hija de la señora Baker hace un par de meses...

—¿Qué ocurrió? Espere... ¿Baker? ¿La del caso Baker?

—Sí. Lo recuerda, supongo.

Kent asintió con la cabeza, muy pensativo. Sí, recordaba perfectamente el caso Baker, especialmente porque, que él supiese, todavía no había sido resuelto. Fue un caso del que se encargó directamente la policía... y seguía encargándose, al parecer ya con muy pocas probabilidades de aclararlo.

El caso Baker... Así de simple: la señora Baker tenía una hija

llamada Peggy, de veinte años; la joven y bonita Peggy llevaba una vida feliz y divertida como era natural y lógico... No le faltaba nada, era soltera. A vivir. Una noche, la joven y bonita Peggy Baker regresa a su casa. Llega con su descapotable, lo detiene delante del garaje, salta del coche y se dirige hacia la puerta de la casa... De pronto, cae fulminada. Cuando un vecino pasa por allí cerca, la ve, se acerca a ella, la examina... Tiene una bala de rifle en la espalda, justo en el corazón. Evidentemente, han disparado con un rifle con silenciador. Hora de la muerte; once y media de la noche, aproximadamente. Y eso era todo.

El

G-man

volvió a mirar hacia la pelirroja.

—Ella no es la señora Baker, supongo —musitó, señalándola.

—No, no, claro... Es la doctora Conway. La señora Baker es paciente suya.

—Entiendo. Bueno, pueden seguir vigilando, muchachos.

—*Okay*. Iremos a decirle a la señora Ba... —Yo me encargaré de eso, si no les molesta—. Claro que no. Adiós. —Adiós.

Los dos agentes regresaron al patrullero, ante la interesada mirada de la pelirroja, que parecía desconcertada. De pronto, se metió en la casa y cerró la puerta. Kent comenzó a caminar hacia su coche, dispuesto a utilizar el radioteléfono, pero, de pronto, se detuvo. ¿Para qué llamar a la Delegación, si tenía allí mismo la información de lo que le interesaba en aquel momento?

Desvió la marcha, hacia la casa de la señora Baker. Segundos después, cuando ya el coche patrulla se alejaba lentamente avenida abajo, pulsaba el timbre de la puerta. Dentro se oyó un simpático «ding-dong»,

y la puerta fue abierta a los pocos segundos por la pelirroja.

Era tremenda.

Vista de cerca, con aquellos ojazos verdes, la boca besucona, y la agresiva barbillita, y las pecas, era tremendísima. Todo un tremendo bombonazo.

—Buenos días —saludó amablemente Kent Nixon—. ¿Podría ver a la señora Baker?

La tremenda pelirroja miró con inquietud hacia donde ya no estaba el patrullero de la policía.

—La señora Baker está, muy delicada —dijo con voz musical.

—Bien... Lo siento. Serían unos minutos tan sólo. Oh, permítame. —Kent sacó su estuche de piel, lo abrió, y lo colocó, ante los hermosos ojos verdes—. Soy Kent Horace Nixon, agente especial del FBI.

La pelirroja enrojeció tanto que por unos segundos pareció toda ella tan roja como sus cabellos.

—¿Del... del FBI? —tartamudeó.

—Así es, doctora Conway —sonrió el

G-man

tendiendo un papel a la mujer médico—. Y esto es un permiso escrito y firmado de puño y letra del señor Newberry para que yo pueda entrar en su casa. Veá; también me facilitó la llave.

Como hipnotizada, la doctora Conway se quedó contemplando la llave que pendulaba en el extremo de la cadenita que sostenía el agente del FBI.

—Sí... Comprendo... Bueno, yo...

—¿Avisó usted a la policía?

—Pu... pues... Sí... sí.

—Hizo muy bien —aprobó Kent—. ¿Realmente mi visita podría perjudicar a la señora Baker?

—No... Realmente, no, señor... señor...

—Nixon —sonrió irónicamente el

G-man

—. No es fácil de Olvidar un apellido así; yo diría que es bastante popular.

—Sí..., bueno, por el señor presidente Nixon, claro...

—No, no —se mosqueó Kent—. No me refería a eso, sino a mí mismo; fui antes del equipo de *rugby* Banners... ¿Nunca oyó hablar de mí?

—Pu... pues... no... Lo siento.

—Vaya —refunfuñó Kent—. Apuesto a que se pasaba usted el día entre libroles y autopsias... ¿Puedo entrar?

—Sí... Sí, pase, claro... —Muy amable.

La doctora Conway cerró la puerta, mientras Kent miraba a su alrededor. También una hermosa casa, sin duda. Incluso más... suntuosa que la de Avery Newberry. Más llena de cosas, aunque sin rozar siquiera el mal gusto. Todo era allí elegante, de buena

calidad.

—Está en el salón. Por aquí, por favor.

Entraron los dos en el salón. Kent vio inmediatamente a la señora Baker. Estaba sentada en un sillón, cerca del ventanal, vuelta la cabeza hacia la entrada. El sol le daba de lado, y el

G-man

pensó que era todavía una mujer hermosa. Debía tener unos cincuenta años, calculó. Su aspecto era elegante, de clase. Una dama distinguida, sin duda alguna... y que parecía no gozar de muy buena salud; tenía una manta cubriendo sus piernas.

—Buenos días, señora Baker —murmuró Kent.

—Buenos días...

El

G-man

se adelantó, hasta colocarse ante ella, y le tendió su credencial.

—Soy Kent Nixon, del FBI —se presentó—. Si no ha de perjudicarla, quisiera hacerle unas preguntas, señora.

Ella asintió con la cabeza, devolviendo la credencial.

—Estoy acostumbrada a las preguntas de la policía, señor Nixon. No creo que unas cuantas más puedan perjudicarme. Siéntese, por favor.

—Gracias. —Kent miró a la doctora Conway, que comprendió y se sentó; sólo entonces lo hizo el—

G-man

. Supongo que comprende usted sobre qué van a versar mis preguntas.

—Imagino que sobre el asesinato de mi hija —tembló la voz de Margaret Baker.

—Sí. Pero insisto, si puede perjudicarla que...

—Haga sus preguntas, señor Nixon.

—Bien... Entiendo que uno de sus vecinos fue quien encontró a su hija caída ante la casa.

—Así fue.

—¿Podría usted darme el nombre de ese vecino? La señora Baker alzó las cejas, evidentemente sorprendida.

—Ésa es una de las cosas que sí ha sabido la policía desde el primer momento —dijo quizá un tanto acremente—. Fue Avery... Avery Newberry. Vive al lado.

Kent Nixon parpadeó lentamente.

—¿El señor Newberry y usted son buenos amigos?

—Buenísimos amigos, desde siempre. Hace tiempo que me quedé viuda, señor Nixon, y desde entonces, Avery ha sido poco menos que un padre para mi hija.

—Ah... En ese caso, el señor Newberry debió sufrir mucho con lo sucedido.

—Podría decir que tanto o más que yo, pero quizá a usted le parecería exagerado.

—Para mí, lo que usted diga, bien dicho está, señora Baker. Entiendo que el señor Newberry no tiene familia.

—No... Hubo un tiempo en que pareció que fuese a pedirme en matrimonio, pero me di cuenta de que lo estaba pensando más por cariño a Peggy que a mí, y planteé la cuestión. Los dos éramos ya adultos y serios, y comprendimos que era mejor una buena amistad que un mal matrimonio.

—Juiciosa actitud —admitió Kent—. Supongo que eso no... enfrió el afecto del señor Newberry hacia ustedes.

—De ninguna manera. Al contrario... En el fondo, creo que le alivió que yo aclarase las cosas, porque lo único que él quería era estar con Peggy, y como yo le dije que podía hacerlo siempre que lo deseara, nuestro afecto fue más claro y completo. Nos entendíamos muy bien. El venía a casa siempre que quería, jugaba con Peggy, la ayudaba en sus deberes escolares primero, la aconsejaba cuando fue ya una muchachita que gustaba a los chicos, la llevaba a algún viaje, a pasear... La tenía prácticamente como si fuese una hija suya. Luego, claro, al ir creciendo Peggy, las cosas fueron cambiando paulatinamente... A partir de los dieciocho años, lógicamente, Peggy empezó a preferir la compañía de chicos y chicas de su edad, y poco a poco se fueron viendo menos... Al principio, Avery se entristeció mucho. Pero es hombre sensato y muy inteligente, así que tuvo que comprender que la actitud de Peggy era normal. Todo esto y bastante ampliado, consta ya en los informes que fui dando en su día a la policía, señor Nixon. ¿Quizá ahora el caso ha pasado al FBI?

—Estamos estudiando esa posibilidad —mintió Kent—. ¿Qué clase de persona es el señor Newberry?

—Es el mejor hombre que he conocido en mi vida.

—¿El mejor? ¿En qué sentido, señora Baker?

—En cualquier sentido que usted pueda buscar.

—Me gustaría que alguien hablase así de mí —sonrió el

G-man

—. Supongo que el señor Newberry debía considerarlas a usted y a su hija poco menos que su familia.

—Supone usted bien.

—Mmmm... Parece ser que el señor Newberry no trabaja últimamente. Quizá usted sepa si ha tenido algún tropiezo o desengaño profesional, que le haya inducido a ello, o...

—Avery jamás ha tenido tropiezos de ninguna clase. Siempre ha sido un hombre honesto y formalísimo, de mucho talento profesional, que le ha deparado muchos éxitos. Su retirada obedece más bien a motivos de salud.

—Ah. Bueno, realmente, parece un tanto... fatigado, demacrado... En verdad que no tiene muy buen aspecto. ¿Cuál es su enfermedad?

—No lo sé. Aunque no creo que sea nada grave... De todos modos, Lavinia podría decírselo con toda exactitud.

—¿Lavinia?

—La doctora Conway —señaló Margaret Baker a la bella pelirroja—. Avery la conoció antes que yo; fue él quien me aconsejó que me pusiera en sus manos después de lo de Peggy.

—Comprendo que debió usted impresionarse mucho —susurró Kent— y su corazón resultaría afectado. ¿Me equivoco?

—No.

—Es todo muy lamentable, señora Baker. Aunque no creo que la alivie en su enfermedad, quizá le sirva de consuelo saber que el FBI va a tomar cartas en el asunto.

—¿Cuál es la diferencia?

—Pues... Bien, esperamos tener un poco más de suerte que la policía, señora Baker. Quiero decir... Bien, lo vamos a intentar, al menos. Doctora Conway —miró directamente a la pelirroja—. ¿Qué enfermedad padece el señor Newberry?

—No se lo voy a decir.

—¿Cómo? —Se pasmó Kent.

—La enfermedad del señor Newberry es un secreto profesional para mí, señor Nixon. Si usted quiere saberlo, pregúnteselo a él.

—Caramba... Le aseguro que no he pretendido molestarla, doctora.

—Lo supongo. Pero no puedo contestar a su pregunta. Hágasela al propio señor Newberry.

—De acuerdo. —Kent volvió su mirada de nuevo hacia la señora Baker, y vaciló un instante—. Me parece que no voy a molestarla más, señora. En lugar de eso, volveré a leer los informes que consten en el Departamento de Policía. Es muy posible que la nueva lectura me sugiera otras preguntas, otras incógnitas, 1 y en ese caso, quisiera saber si a usted la molestaría que volviera a visitarla.

—Por supuesto que no.

—Se lo agradezco. —Kent se puso en pie—. Buenos días, señora Baker; a sus pies, doctora Conway...

—Le acompañaré —se puso en pie Lavinia Conway.

Ya en la puerta, que la doctora abrió, el

G-man

sonrió de aquel modo que le hacía parecer tan buen muchacho.

—Encantado de conocerla, doctora... ¿Vive usted aquí?

—Claro que no. Sólo estoy de visita. —¿Personal o profesional?

—Profesional. Lo que ocurre es que suelo permanecer todo el tiempo posible con la señora Baker, porque no me parece prudente que se quede sola.

—Entiendo. En cualquier momento puede tener un infarto o algo así, ¿no?

—En efecto. Y habría que hospitalizarla para que la atendiesen adecuadamente.

—Ya. Entiendo, entonces, que la señora Baker vive sola ahora...

—No, no. Tiene una criada, pero la pobre mujer aprovecha cuando yo vengo para hacer algunos recados, o visitar a su hija...

—Es usted una buena samaritana, además de médico. Dígame una cosa; ¿es especialista en señoras o también admite pacientes masculinos?

—A mí, el señor Newberry me parece lo bastante masculino, señor Nixon.

—Oh, claro... Perdón el despiste... Bueno, por fortuna tengo una salud a prueba de todo, pero no desespero de pillar alguna enfermedad con tal de convertirla en mi médico... Poca cosa, claro; sarampión, paperas...

—Me parece usted un poco crecidito para contraer esas enfermedades.

—No crea, en el fondo, soy un niño. Y por si ocurre eso de las paperas o del sarampión... ¿cuál es su número de teléfono?

—Consta en la guía telefónica, señor Nixon.

—Sí, claro. Pero quizá estuviese a nombre de su marido...

—Soy soltera.

—Formidable. Bien, tengo que ir a contagiarme el sarampión... digo a trabajar. Adiós, doctora Conway. Ha sido un placer. Y no se preocupe por haber llamado a la policía, no soy rencoroso.

Dejando a Lavinia Conway con la boca abierta, Kent Nixon, de los Banners se dirigió hacia su coche.

CAPÍTULO III

El inspector Nickerson asintió con la cabeza.

—Como nosotros somos muy desconfiados, no podemos desechar la relación posible entre la muerte de Peggy Baker y la de los tres hombres que Newberry asegura haber matado, en efecto, Kent... Y puestos a ser desconfiados hasta la... perversión, podríamos pensar que la muerte de esa muchacha, bajo un disparo de rifle silencioso, se parece mucho a las muertes de los tres hombres tal como los ha descrito Newberry.

—La verdad, señor, se me hace difícil pensar que el señor Newberry pudiese disparar contra la chica Baker Seguramente, todo eso son coincidencias. Ya le he explicado que la quería tanto que...

—Sí, sí. Pero, de ser como un padre, un amigo, un confidente para ella, Newberry pasó a ser prácticamente nada en cuanto la muchacha, con toda lógica, comenzó a encontrar más divertida la compañía de gente de su edad. Y quizá Newberry consideró que se quedaba solo, que le abandonaba, que... ¡Yo qué sé!

—Haría falta mucha sangre fría para matar a la muchacha, esconder el rifle, y salir a encontrar su cadáver, señor.

—¿Y te parece que un hombre que dice haber asesinado a otros tres como un consumado profesional no tiene sangre fría?

—Bueno... En fin, ya veremos. Pero el caso es mío, señor, ¿no es cierto?

—Desde luego. Así me evito darte vacaciones... Sería una buena idea que te ocupases en leer todo el informe policial sobre el asesinato de Peggy Baker.

—Pienso pasarme toda la tarde ocupado en eso... ¿Sabemos algo de los muchachos que fueron a investigar discretamente a los tres hombres que Newberry dice haber matado?

—Todavía no. De acuerdo a como convinimos, la investigación es tan discreta que requerirá más tiempo del normal.

—Bueno, quizá esta noche sepamos algo... ¿Qué tal se está portando el señor Newberry?

—Excelentemente. Lo hemos fichado de arriba abajo, y en todo momento parecía más un amigo y un colaborador que un detenido acusado de tres asesinatos. Yo diría incluso que lo está pasando en grande.

—No es para menos: está asistiendo a todo un proceso en los trabajos del FBI, o sea, una de sus mayores ilusiones... Curioso personaje. Me gustaría charlar un rato con él.

—A tu gusto. Está con Mike y Terence.

—Pues voy allá. Hasta luego, señor.

Un minuto más tarde, el agente especial Terence Randall salía del cuarto donde en compañía del también agente especial Mike Braden, se dedicaban a «charlar» con Avery Newberry. Apenas ver a Kent, movió la cabeza negativamente, sonriendo, mientras cerraba la puerta.

—Es un hueso —dijo—. No hay modo de sacarle nada, Kent. Se da cuenta enseguida cuando lo vamos rodeando con preguntas que le forzarían a una respuesta que no le conviene. Entonces, se ríe, nos dice que lo estamos haciendo muy bien, pero que él ya tiene una idea de nuestros métodos... Es un tío simpático, demonios.

—Ese tío simpático se ha cargado a tres personas.

—Francamente, no lo creo.

—Lo dice él, no yo. ¿O acaso lo ha desmentido ahora?

—No, no... Incluso nos ha explicado con todo detalle cómo lo hizo, copiando algunos métodos que salen en las películas de televisión. Es muy metódico y pulcro.

—Pues estamos listos... En la casa no he podido encontrar el rifle, ni, mucho menos, los cadáveres, de modo que si en toda esta noche no lo sonsacáis, mañana tendremos que enviar todo un equipo a ver si lo hacen mejor que yo. Bueno, dejadme charlar unos minutos con él.

—Lo pondrás contento. Ha preguntado varias veces por ti. Y dice que le resultas simpático. —¡Qué bien!

Entraron en el cuarto. Mike Braden volvió la cabeza, frunció el ceño, y encogió los hombros. Avery Newberry sonrió jubiloso.

—Ah, mi joven amigo, el señor Nixon —exclamó—. ¿Cómo ha ido su investigación, muchacho?

Kent acercó otra silla y se sentó delante del asesino.

—Mal —admitió—. No he podido encontrar ni el rifle ni los muertos.

—Bueno... No esperaría usted que se lo pusiera tan fácil, supongo.

—¿Tiene usted yate, o balandro, o una simple lancha, señor Newberry?

—No.

—En tal caso, podríamos descartar el fondo del mar como sepulcro de esos tres hombres, ¿verdad?

—Usted sabrá —sonrió Newberry.

—En cambio, sí tiene usted coche.

—Hombre, desde luego.

—Veamos si está esto bien entendido; usted disparaba contra la víctima de turno, muy pulcramente, a la frente, a fin de no provocar excesiva hemorragia. ¿Qué hacía luego?

—Me acercaba al cadáver, le metía la cabeza dentro de una bolsa de plástico que anudaba al cuello, y así, seguro de que no iba a mancharme el coche de sangre, lo metía en el portamaletas y me alejaba de allí.

—Y se deshacía del cadáver.

—Claro.

—Y últimamente, del rifle.

—Sí. Está con los cadáveres.

—¿Dónde?

—Usted no entiende, muchacho, quiero que todo el FBI se ponga en...

—Pero, vamos a ver, señor Newberry —refunfuñó Kent—. Todo esto es absurdo. ¿Qué demonios pretende usted?

—Que el FBI trabaje.

—Le aseguro que siempre tenemos trabajo. Quizá no tan interesante como el que usted nos está proporcionando, pero... Bueno, no sé si se da cuenta de la gran cantidad de tiempo que nos está haciendo perder.

—Lo están «invirtiendo» en algo que dará fruto.

—¿Algo que dará fruto? ¿A qué se refiere?

—No lo sé. Ustedes lo averiguarán. Irán tirando del hilo tan magistralmente como siempre, y cuando me ofrezcan algún resultado que valga la pena, les diré dónde están los cadáveres.

—Es muy posible que le parezca tonto, señor Newberry, pero... no entiendo nada de nada.

—Usted siga trabajando y ya verá como lo irá entendiendo.

—Está bien —se resignó Kent—. Pasemos a otro asunto: ¿qué enfermedad padece usted, señor Newberry?

—Eso es cuenta mía.

—Y de su médico, ya sé. Por cierto, que se ha buscado usted un médico de rechupete, la verdad.

—Es cierto —rió Newberry—. ¡Es cierto! Me alegra mucho que merezca su aprobación.

—Siempre me han chiflado las pelirrojas.

—Pues se lo diré a Lavinia —volvió a reír el asesino.

—Oh, no se moleste. Yo mismo se lo diré... cuando vaya a preguntarle oficialmente cuál es la enfermedad de usted. Otra pregunta, señor Newberry: ¿mató también a Peggy Baker?

Avery Newberry quedó mortalmente pálido, y se estremeció. Durante unos segundos, incluso llegó a inquietar a los

G-man

, tal fue su inmovilidad, su lividez poco menos que cadavérica.

Por fin, dijo, con voz ronca:

—Usted está loco.

—Era una pregunta que tenía que hacer —susurró Kent—. He estado charlando con la señora Baker.

—¿Por qué la mezcla a ella en esto?

—Se me ha ocurrido que podría tener relación una cosa con otra. A fin de cuentas, Peggy Baker fue asesinada de un disparo de rifle en la espalda... Y usted maneja muy bien el rifle. Y... últimamente, me parece que la chica no le hacía mucho caso. Eso quizá le humilló y sobre todo le entristeció a usted, señor Newberry.

—Sí,... sí, así fue.

—Supongo que sentía usted celos, o algo parecido.

—Sí... Supongo que sí, en efecto.

—¿Sabe usted que muchas personas matan por celos?

—Lo sé.

—¿Pero usted no mató a Peggy Baker?

—Antes me habría cortado la cabeza.

—¿Tanto la amaba?

—Más.

—Como a una hija, claro.

—Solamente como a una hija. Jamás he tenido pensamientos sucios, señor Nixon.

—¿Qué clase de pensamientos tiene usted?

—De amor.

—¿Siempre de amor?

—Sí, siempre.

—¿Llama usted «pensamientos de amor» al planteamiento y ejecución de tres asesinatos?

—Fueron asesinatos por amor.

—Por amor... ¿a quién? ¿A Peggy Baker?

Avery Newberry se pasó la lengua por los labios.

—Va usted muy bien encaminado —susurró—. Sabía que el FBI lo conseguiría, pero no tan pronto. ¿Cómo se le ha ocurrido relacionar ambos casos?

—Debo admitir que ha sido casualidad. No recordaba en absoluto el caso Baker, pero un incidente gracioso me puso sobre la pista.

—¿Qué incidente?

Kent explicó a Newberry lo sucedido a raíz de la llamada de Lavinia Conway a la policía por haber visto un hombre en su casa, y...

—Partiendo de ahí, de mis recuerdos sobre la muchacha asesinada de un disparo de rifle, vino lo demás. Usted era su vecino. Así que fui a hacer algunas preguntas a la señora Baker, pensando que quizá no era coincidencia que su vecino el señor Newberry hubiese matado a tres hombres con rifle... y que un par de meses antes Peggy Baker también hubiese sido asesinada con la misma arma.

—Con la *misma* arma, no. Con un arma igual, pero no la *misma*.

—Capto la diferencia —asintió Kent—. Entonces, señor Newberry... ¿voy bien encaminado?

—Sí. Y le felicito por ello. De veras. Admirable su trabajo, señor Nixon.

—Gracias. ¿No quiere ayudarme más, señor Newberry?

—Oh, no lo necesita. Lo está haciendo muy bien. Oiga, muchacho, ¿no podría usted conseguirme de su jefe un permiso para que me enseñasen cómo funciona todo esto por dentro? Me conformaría con cosas poco importantes... Cómo se comunican con los coches en servicio, actividades en las oficinas... ¡Aunque sólo sean cosas así!

—Es usted formidable —sonrió Kent—. Lo intentare, por los Banners.

—¡Se lo agradezco mucho! Y otra cosa, ¿puedo llamarlo Kent? Es que eso de Nixon...

—¡Ya sé! Le recuerda al jugador del equipo de *rugby* los Bannners.

—Pues no... Me recuerda a nuestro presidente Richard Nixon.

—¿De dónde saqué yo que era famoso en mi equipo? —Gruñó Kent.

—¿Cómo dice?

—Nada... Puede llamarme Kent, desde luego. Nos seguiremos viendo, señor Newberry.

—Sí... Pero temo que no será por mucho tiempo, muchacho.

—¿Qué le preocupa? ¿Qué le condenen a pena de muerte por sus asesinatos?

—La pena de muerte ha sido abolida... ¿O no?

Kent Nixon, de los Banners, se quedó mirando fijamente a Newberry, por fin, parpadeó, se puso en pie, y sin decir una sola palabra más, salió del cuarto.

* * *

Cuando entró en el despacho de Nickerson, debían ser las siete y media de la noche. Había seis hombres con el inspector, a los que Kent saludó con un gesto, siendo correspondido de igual modo.

—Me he tragado todo el expediente inconcluso del caso Baker, señor —masculló—. Pero no he podido sacar nada en claro con respecto a lo de Newberry. Lo siento. ¿Cómo os ha ido a vosotros?

Los seis

G-man

señalaron a Nickerson, que movió negativamente la cabeza.

—No han encontrado a esos tres hombres. Es cierto que viven en

las direcciones que nos indicó Newberry y que ya comprobamos por el directorio telefónico. Pero no aparecen por parte alguna.

—O sea, que pueden estar muertos.

—¿Por qué no?

—Bien... Supongo que habéis hecho esas averiguaciones sin que nadie se entere —miró de nuevo Kent a sus compañeros.

—Claro. Y pensamos que quizá preguntando, por el sistema habitual, podríamos haberlos encontrado. O a uno de los tres, al menos.

—Para eso siempre se está a tiempo... si es que aún viven. Si están muertos, no hay prisa. Pero, desde luego, procede una investigación a fondo sobre esos tres sujetos, hasta encontrar algo que los relacione con Newberry.

—¿Lo hacemos así ahora, señor? —preguntó uno de los seis a Nickerson.

—Preferiría hacerlo yo —dijo Kent.

—¿Por qué? —se sorprendió Nickerson—. Es demasiado trabajo para un hombre solo, Kent.

—Sí, lo sé. Pero he pensado algo que podría significar mucho esa parte. Sabemos ya, porque Newberry lo ha admitido, que hay una relación entre sus tres asesinatos y el de Peggy Baker... Pues bien, ¿por qué no preguntarle a la señora Baker si sabe algo de esos tres sujetos desaparecidos? Si esto no da resultado, podemos emprender en serio la investigación sobre ellos, partiendo de sus domicilios... Bueno, todo eso.

—La idea es buena —admitió Nickerson—. ¿Te encargas tú de eso?

—Sí, señor. ¿Qué le parece si nos ocupamos también de registrar a fondo la casa de Newberry? Yo creo que no encontraremos nada pero... ¿quién sabe?

—Yo dirigiré eso —se puso en pie el inspector—. Tú ocúpate exclusivamente de la señora Baker.

* * *

—Buenas noches, doctora Conway.

Lavinia Conway se había quedado estupefacta mirando al agente del FBI que sonreía ante la puerta recién abierta, mirándola muy

expresivamente. Con corrección, eso sí, pero muy expresivamente. Quizá porque ella llevaba los cabellos completamente sueltos, y vestía una vaporosa bata de lo más sugestivo... Sorprender en tal intimidad a una mujer como Lavinia Conway era todo un regalo.

—Oh... Pensé que... que era Polly...

—Pues no soy Polly, me parece —masculló Kent—. ¿Quién es Polly?

—Mi vecina de apartamento.

—Ya. ¿Puedo pasar, doctora?

—Sí,... Sí, claro.

Ella se apartó, esperó a que Kent entrase, y cerró la puerta. Cuando se volvió hacia él, Kent repitió, irónico.

—Buenas noches, doctora Conway. —Buenas noches...

—Sí que lo son. Tenemos unos días invernales de lo más agradable, ¿no le parece?

—Sí... En efecto. Señor Nixon, ¿qué desea usted? —Quería hacerle una consulta.

—¿Una consulta? Bueno, mi consultorio está en el primer piso... y éstas no son horas de consulta. Mi horario termina a las seis.

—Lamento molestarla, pero es urgente.

—Bueno... No me diga que por fin ha pillado el sarampión...

—Eso no sería sorprendente, ya que de niño no lo tuve. Pero se trata de otra cosa. Lamentablemente, ya que, con tal de que usted me cuidase, soy capaz de pillar el sarampión, y las paperas a la vez.

Lavinia Conway sonrió de tal modo que dejó hecho papilla al agente del FBI.

—Supongo, señor Nixon, que está tratando usted de ser... galante.

—Efectivamente. Usted se merece eso y más. ¿Sabía usted que las pelirrojas me vuelven loco?

—No... Pero es bueno saberlo; conozco un psiquiatra muy competente. Quizá quiera usted una tarjeta de recomendación.

—Doctora Conway; cuando en una mujer tan preciosa como usted se junta la cultura, el talento y la simpatía, un hombre como yo se pregunta qué demonios hace soltero en la vida.

Finalmente, la doctora Conway, lanzó una deliciosísima carcajada.

—Señor Nixon, usted ha venido a sonsacarme algo, y me está

halagando para predisponerme a su favor.

—¿Le parece a usted que yo puedo conseguir eso?

—Si se trata de la misma pregunta de esta mañana sobre el señor Newberry, no lo podrá conseguir. Lo siento. Mi postura es inamovible.

—Puedo conseguir una orden judicial y usted no tendría más remedio que contestar a mi pregunta.

—¿Tiene usted esa orden?

—He estado ocupado en cosas que, por el momento, me han parecido más urgentes. De todos modos, no he venido a hablar del señor Newberry, directamente. Quiero decir que no voy a insistir más sobre su enfermedad.

—Ah. Entonces... ¿quiere usted café, señor Nixon?

—Preferiría un *whisky*.

—¿De veras? —se sorprendió Lavinia.

—Sí. Es que todas las noches, los agentes del FBI nos emborrachamos un poco.

Lavinia se echó a reír y señaló hacia el interior del apartamento. Kent la siguió. Llegaron al saloncito, donde no había más luz que la de una lámpara de pie, junto a un sillón. A un lado del sillón, una mesita llena de libros, uno de ellos abierto, y café, cigarrillos, lápices, cuartillas...

—Estaba estudiando —explicó ella—. Encenderé la...

—Pero si está estupendamente así —protestó Kent—. Una luz recogida, grato ambiente, un apartamento coquetón, una mujer, un hombre... Yo diría que está perfecto.

—¿Para qué?

—Pues... Eso... ¡Ejem! Procuraré no molestarla mucho, doctora.

—Le serviré un *whisky*. Siéntese, señor Nixon.

Kent ocupó un sillón tras desplazarlo un poco de modo que quedase delante del que, evidentemente, había estado ocupando la doctora Conway, mientras ésta servía un *whisky* en el mueble-bar. Luego fue a sentarse, tendiendo el vaso hacia el

G-man

que preguntó.

—¿Y qué estudia usted?

—Todo.

—Entiendo... Es una empollona, ¿verdad?

—Me temo que sí. Pero en una profesión como la mía, o se hace bien, o no se hace, señor Nixon. Un policía, por ejemplo, puede permitirse el lujo de fallar en una investigación. Un médico, no. Hay en juego muchas cosas importantes.

—¿Como por ejemplo...?

—La vida.

—Sí, claro. Yo le voy a poner otro ejemplo, doctora; supongamos que un delincuente ha asesinado a una persona, y que yo, que soy el encargado de encontrarlo para darle su justo trato, fallo en mi investigación, y el delincuente se escapa... ¿Sabe qué ocurre más tarde?

—Supongo que nada.

—Creo en perspicacia —sonrió amablemente Kent—. Lo que ocurre más adelante es que ese asesino vuelve a matar. Y si tampoco esta vez lo encuentro, volverá a matar... ¿Cree que puedo permitirme el lujo de fallar en mi investigación?

Lavinia consiguió salir de su pasmo, finalmente.

—Lo siento —susurró—. Nunca había visto las cosas de ese modo, señor Conway.

—Siempre se está a tiempo de aprender. ¿Qué ha pasado con la señora Baker?

—Se puso muy mal después que usted se fue... Temo que su visita, su conversación, le trajeron recuerdos que siempre sería más conveniente no remover, señor Nixon.

—Créame que lo siento —dijo muy seriamente el

G-man

—. Le aseguro que siempre procuramos no perjudicar a nadie, pero en ocasiones...

—¿Cómo sabe usted que la señora Baker tuvo una recaída?

—Pues... vengo de allí. Quería verla, pero me abrió la puerta una mujer que en cuanto vio mi placa del FBI por poco se lanza contra mí a sacarme los ojos, y gritaba, y gritaba...

—Ésa es Agatha —sonrió Lavinia—, la criada de la señora Baker. Tuve que llamarla para que la cuidase.

—Entiendo. Bien, lamento de veras lo sucedido, pero... hay una investigación de por medio, doctora, y... no puedo permitirme el lujo de fallar. Así que he venido a pedirle un favor: cuando la señora Baker esté en condiciones de atenderme de nuevo, debería

ser usted tan amable de avisarme, y a ser posible, estar presente, por si algo no fuese bien... ¿Puede hacerlo?

—Lo que no puedo hacer es llamarlo a usted si la señora Baker no está verdaderamente en disposición de atenderlo.

—Lo comprendo. Pero, si así fuese, ¿me llamaría?

—Sí.

—Muchas gracias. Es un buen *whisky*. —Kent bebió otro sorbito

—. ¿Cuánto tiempo hace que es usted médico del señor Newberry?

—Unos seis meses.

—¿Lo conocía antes de que él fuese a consultarla?

—No. Vino una tarde, lo examiné... A partir de ese momento, él dijo que si yo no tenía inconveniente, sería paciente mío.

—¿Por qué había de tener usted inconveniente? —se sorprendió Kent.

Lavinia Conway vaciló, y de pronto frunció el ceño.

—¿Qué está ocurriendo con el señor Newberry para que el FBI se interese tanto por él? —preguntó.

También Kent vaciló. Y preguntó a su vez:

—¿Alguna vez ha coincidido su visita a la señora Baker con alguna de las visitas del señor Newberry?

—En varias ocasiones.

—¿La señora Baker sabe qué enfermedad tiene el señor Newberry?

—No.

—Imagino que ellos dos conversarían delante de usted. Quiero decir...

—Conversaban con toda naturalidad delante de mí...

—Estupendo. —Kent sacó una cuartilla de un bolsillo interior, y la tendió a Lavinia—. Lea estos nombres, doctora. Y dígame, por favor, ¿alguna vez el señor Newberry o la señora Baker mencionó alguno de ellos?

Lavinia Conway leyó los nombres de Chalmer Rawson, Marvin Watkins, Owen Robinson... y movió negativamente la cabeza.

—Que yo recuerde, no.

—Supongo que una empollona como usted tiene muy buena memoria.

—Sí. Y no recuerdo estos nombres.

—¿De qué hablaban entre ellos?

—De pequeñas cosas... A veces de pintura, o de algún libro, o del tiempo, de música, o del curso de la enfermedad de ella.

—¿De la de él no?

—El señor Newberry me tiene indicado expresamente que no debo hacer comentarios de su enfermedad con nadie. Y menos que con cualquier persona, precisamente con la señora Baker.

—Ya. ¿Ellos nunca hablan de Peggy Baker, de la hija de su paciente?

—Nunca.

—¿Ni de alguno de estos tres hombres?

—Nunca. Lo recordaría, señor Nixon.

—Bien. —Kent tomó el papel que le tendía Lavinia, y lo guardó—. He podido comprobar que es usted una celosa defensora de los secretos profesionales, doctora, así que voy a pedirle que no haga usted comentario alguno con nadie sobre estos tres nombres que ha leído. ¿Cuento con ello?

—Sí.

—¿Y cuento con que me llamará a la Delegación en cuanto la señora Baker esté en condiciones de atenderme?

—Desde luego.

—Pues muchas gracias por todo. —Kent se puso en pie, apuró el *whisky*, y dejó el vaso sobre la mesita—. ¿Qué día es hoy?

—Viernes... ¿No?

—Eso me parecía. ¿No piensa usted divertirse este fin de semana?

—Me divierto a mi manera.

—Ah. ¿Es indiscreción preguntarle qué manera es ésta?

—Estudio, leo revistas científicas, escucho música, doy un paseo por Edgewood Park, a veces leo alguna novela. ¿Por qué?

—Me gusta saber a qué se dedican las personas con las que trato. Bueno, ¡feliz fin de semana, doctora Conway!

—Muchas gracias. ¿Y usted?

—¿Yo?

—¿Qué hace usted los fines de semana?

—Cuando no tengo trabajo, cosa rara, pues... voy al cine, o al boxeo, o a cenar por ahí con algunos amigos. Y de cuando en cuando, juego un partido de *rugby*, o dos. Los que puedo. ¿Sabía usted que en mis tiempos de universitario...?

—Sí, sí. Jugaba al *rugby* con el equipo de Yale. Luego, pasó a los profesionales Banners, al terminar en la universidad. Primero, con el número 5, pero luego destacó usted muchísimo con el nueve. Era el mejor especialista en la transformación de ensayos, y su...

—Doctora Conway —consiguió reaccionar el pasmado agente del FBI—. ¡No me diga que ha escrito mi biografía!

—No, no...

—Vaya. ¿Y de dónde ha sacado usted esa información, en tal caso?

—Pu... pues... usted... me lo dijo esta mañana... —Enrojeció Lavinia—. ¿No lo recuerda?

—¿Yo le dije todo eso de mí?

—Sí. Claro.

—Caramba, pues sí que soy bocazas. Bueno, no quiero entretenerla más. ¿Está segura de que le dije todo eso?

—¿Quién me lo habría dicho, si no?

Kent Nixon se rascó la coronilla, pensativo, fruncido el ceño. Por fin, encogió los hombros.

—Me parece que tendrá que darme usted la dirección de su amigo psiquiatra —refunfuñó—. Bien, buenas noches.

—Buenas noches, señor Nixon. Le acompañaré.

Tres minutos más tarde, Kent Nixon estaba sentado ante el volante de su coche, de nuevo frunció el ceño. Permaneció así unos segundos, y por fin soltó un gruñido.

—Qué demonios. ¡Estoy seguro de que no le dije todo eso a la doctora! Segurísimo. ¿O sí se lo dije...? No, no, no. Seguro que no. O quizá sí. Aunque me parece que no... ¡Al demonio!

CAPÍTULO IV

—¿A qué se dedicaba el señor Rawson? —preguntó Kent Nixon—. ¿Lo saben ustedes?

Las dos mujeres movieron negativamente la cabeza.

—No —dijo una de ellas—. Era muy reservado. Y su mujer también.

Kent quedó pensativo unos segundos. Estaba en el amplio portal del edificio número 65 Doneman Lane, es decir, donde constaba que vivía Chalmer Rawson el primero de los hombres que Avery Newberry decía haber matado. En la casa de éste, no habían encontrado nada de lo que buscaban, ni una sola pista, y el inspector Nickerson había decidido poner toda la carne en el asador, como suele decirse; o sea, buscar descaradamente a Chalmer Rawson, Owen Robinson v Marvin Watkins, las tres supuestas víctimas. Con tal fin, Kent se había presentado aquella mañana en la dirección mencionada, sin hacer ningún secreto de su personalidad ni de su búsqueda. Al contrario, cuantas más personas le escuchasen, mejor.

Y bien que lo estaba consiguiendo. De momento, estaba conversando con dos vecinas del edificio, y los tres estaban rodeados de niños que miraban al

G-man

fascinados, admirados ante aquel gigante rubio que, claro, debía llevar pistola, saber mil trucos de lucha...

—¿Quiere decir que eran... antipáticos, señora?

—No, no. ¡De ninguna manera! Sólo un poco misteriosos. Quiero decir que no hacían amistad con nadie. Llevaban aquí dos años, y en realidad nadie sabía nada de ellos.

—Oiga, señor —uno de los muchachos tiró de los pantalones de

Kent—. Yo sí sé muchas cosas de Ronnie.

El

G-man

bajó la mirada hasta la animada faz del muchacho, un greñudo, simpático que, como todos los demás, había estado jugando hasta entonces en el callejón.

—¿Sí? Estupendo. ¿Cómo te llamas?

—Billy, señor.

—¿Y quién es Ronnie?

—Es el hijo de los Rawson —explicó una de las mujeres—. Un niño muy simpático y bien educado, señor Nixon. Todos le querían mucho, pero Billy era su mejor amigo. Siempre andaban juntos.

—Ajá. Dime, Billy: ¿qué cosas sabes tú de Ronnie?

El muchacho sacó pecho. ¡Pues no era nada poder dar informes nada menos que al FBI!

—Pues siempre me decía que cuando fuese mayor, sería acróbata.

—Caracoles. Eso es formidable. ¿Y qué más te decía?

—Hablábamos de chicas, a veces...

—¡Demontres! ¿De veras?

—A Ronnie le gustaba Mary Anne —sonrió Billy—. Siempre me lo decía. También teníamos dos ranas, y Ronnie decía que estaba intentado saber cómo podían saltar tanto, porque entonces, él haría lo mismo, y sería el mejor acróbata del mundo.

—Es una buena idea. Según parece, Ronnie no tenía secretos contigo, ¿verdad, Billy?

—No, señor —se ufanó el muchacho—. ¡Me lo decía todo!

—Entonces, quizá te dijo adonde se iba con su madre...

Billy quedó perplejo, parpadeando. Por fin, frunció el ceño, movió negativamente la cabeza.

—No, señor, no me lo dijo.

—Pero quizá lo verías marchar, ¿eh?

—No... No señor. Sólo sé que hace días, como Ronnie no había venido a la escuela, al salir fui a su casa, porque pensé que estaría enfermo. Y no estaba allí. No había nadie en la casa.

—¿Estás seguro de que él no te dijo nada? Un buen amigo no se va así como así, Billy, sin despedirse...

—Se llevó las ranas.

—¿Las...? Oh, ya... ¿Y qué?

—Pues una era mía, señor. Me la robó.

Billy enmudeció de pronto, y se quedó mirando hacia la calle, muy abiertos los ojos. Un coche acababa de detenerse allí, y tres hombres se apearon rápidamente. Entraron en el portal, miraron a Kent, y uno de ellos sacó un papel doblado a lo largo, mostrándoselo.

—La tenemos, Kent —dijo.

—*Okay*. Subir a echar un vistazo. Yo me quedo aquí, haciendo algunas preguntas más.

—Bueno.

Los tres hombres se fueron escaleras arriba, y otro de los niños preguntó:

—¿También son del FBI?

—En efecto —sonrió Kent.

—¡Atiza, cuántos!

—¿Ha asaltado un Banco el señor Rawson? —exclamó otro.

—¡Calla, tonto! —espetó otro—. ¡Debe ser un espía! ¿Verdad, señor?

—Pues no lo sé —sonrió Kent—. Por eso os estoy haciendo preguntas a vosotros. Vamos a sentarnos aquí fuera, y seguiremos charlando —se volvió hacia las dos mujeres, con gesto amable—. Muchas gracias a las dos. Y por favor, si recuerdan algo, no vacilen en llamar a la Delegación del FBI ¿lo harán?

—Oh, sí... ¡Sí!

—Agradecido. Vamos, muchachos.

Salieron de la casa, y Kent se sentó en uno de los escalones, ya encerrado en un círculo de muchachos de todas las edades. Sacó un cigarrillo, lo encendió, y chascó dos dedos.

—Más cosas —pidió—. A ver: ¿quién sabe más cosas sobre Ronnie y sus padres?

* * *

Finalmente, los tres

G-man

terminaron su inspección en el apartamento de los Rawson, y abandonaron el edificio. Kent seguía sentado en los escalones,

rodeado de muchachos, haciendo toda clase de preguntas, y recibiendo una serie de respuestas que, lo comprendieron fácilmente, no le estaban satisfaciendo en absoluto.

Uno de ellos le hizo una seña, y el

G-man

acudió rápidamente hacia él.

—¿Habéis encontrado algo?

—Dos ranas muertas —masculló su compañero.

—¡Vaya pista! —refunfuñó otro.

—Pues no es mala —entornó los ojos Kent—. ¿Tenéis las órdenes para los otros dos apartamentos?

—Claro.

—Id a esperarme ahora en el de Owen Robinson. Y no hagáis nada hasta que yo llegue.

Los tres agentes del FBI se metieron en el coche, se volvieron para mirar el grupo de niños, y se fueron. Kent volvió al centro del grupo, sentándose junto a Billy.

—Tengo dos noticias para ti, Billy —murmuro—. Una de ellas, es buena, y la otra mala. ¿Cuál quieres primero?

—No sé...

—Te lo diré a mi manera, entonces. Mira, Ronnie no es un mal amigo que te robó una rana, así que esto es una buena noticia, ¿no te parece? La mala noticia consiste en que sé eso porque las dos ranas las han encontrado mis amigos arriba, muertas.

—¡Oh!

—Lo siento, Billy. Por la rana. Pero siempre es mejor perder una rana a que un amigo nos robe, creo yo.

—Sí, señor. ¿Y por qué no se llevó Ronnie las ranas? O la suya, al menos...

Te lo diré: no se la llevó porque su madre no dio tiempo a nada. Le dijo que tenían que marcharse, y se fueron. Eso es todo.

—¿Y por qué se fueron?

—Te lo diré cuando lo sepa —sonrió Kent—. Y vosotros, si recordáis algo que os parezca importante, ya sabéis que tenéis que llamarme a la Delegación. ¿Recordáis mi nombre?

—Usted es el señor Nixon —dijo uno de los muchachos.

—Igual que el presidente, es fácil —dijo otro.

Refunfuñando, Kent se puso en pie, y se fue hacia su coche. Lo

puso en marcha, mascullando:

—Estoy harto del presidente. Demonios, ¡soy Nixon, de los Banners!

Apenas había desaparecido su coche del callejón, un hombre salió de un portal cercano, y se dirigió hacia el grupo de muchachos, que tenían tema de conversación para meses. Estuvo unos segundos charlando con ellos, asintió con la cabeza, y se alejó, hacia un coche estacionado en la entrada del Doneman Lane, a cuyo volante había otro hombre fumando. El recién llegado se acomodó a su lado, y dijo:

—Se llama Nixon, y es del FBI.

—¡Maldita sea! ¡Y el maldito Rawson sin aparecer!

—Tampoco sabemos nada de Robinson y Watkins. No entiendo nada. Primero, desaparece Rawson, luego, Robinson; finalmente, Watkins. Y no creo que el FBI tenga nada que ver en esto, porque los están buscando...

—Sólo han venido a buscar a Rawson.

—Te apuesto cien dólares a que ahora ese Nixon y los otros que vimos llegar luego, están camino del apartamento de Robinson. O de Watkins. No. Primero, irán a buscar a Robinson, porque sigue a Rawson en la lista de desaparecidos.

—Tendríamos que ir a avisar a Griffin y Haggard de que el FBI está metiendo las narices en esto.

—Si no vamos ahora, quizá Rawson aparezca. Y tenemos órdenes de permanecer aquí hasta entonces. Igual que los demás que vigilan los apartamentos de Robinson y Watkins.

—Pues yo creo que deberíamos avisar a Griffin y Haggard, no sea que hagan alguna tontería y se den de manos a boca con el FBI. ¡Eso sí que lo echaría todo a rodar!

—Bueno. Podemos ir allí, avisarlos, y regresar aquí, a seguir vigilando, por si Rawson apareciese. —Está bien.

* * *

Todavía estaban Griffin y Haggard elucubrando sobre lo que podía significar la presencia de aquellos tipos que olían a policías desde mil millas en el edificio donde tenía su apartamento el desaparecido Owen Robinson, cuando vieron llegar el otro coche

Griffin frunció el ceño y le dio un codazo a su compañero, señalando luego hacia el coche recién llegado.

—¿Qué hacen ellos aquí? —masculló Haggard—. Su puesto está en Doneman Lane, esperando a Rawson.

—Ya nos lo dirán.

Llegó el otro, se metió en el asiento de atrás del coche y señaló hacia los dos detenidos delante del edificio que les interesaba.

—FBI —dijo escuetamente.

—¿Qué? —Respingaron a la vez Haggard y Griffin.

—Son del FBI... Dirige el grupo uno que se llama Nixon, el rubio que va solo. ¿Ha llegado un tipo así, supongo?

—Sí.

—Están buscando a Rawson. Han estado allí. Supusimos que vendrían también aquí, y va veréis como luego se irán a buscar a Watkins. ¿Entendido?

Haggard y Griffin asintieron, y de nuevo solos, permanecieron silenciosos unos segundos. Silenciosos y mohínos, preocupados. Por fin. Griffin masculló:

—Tengo una buena idea: larguémonos a Sudamérica.

—No digas tonterías —gruñó Haggard.

—¿Tonterías? Bueno, cuando el FBI mete sus narices en una olla, se entera del guiso como si ellos hubiesen preparado la receta. Algo ha pasado, y ten la seguridad de que no saldremos beneficiados. En cuanto a mí, cuando oigo la palabra FBI siempre pienso en Sudamérica. Ahora es verano allí, además.

—Bueno, déjate de estupideces. No podemos dejar el negocio así como así. Primero, porque quizá no ocurra nada. Quizá los del FBI, que tan buenas narices tienen, se queden con un palmo de ellas, y ya está.

—¿Por qué deben estar buscando a Rawson, Robinson y Watkins?

—No lo sé. Pero si los buscan, es que no los tienen. Y si no los tienen, todavía no saben nada. Te diré lo que vamos a hacer. Tú quédate aquí, a ver qué pasa. Yo iré a llamar a Clinton, y le diré cómo están las cosas. Él es el jefe, así que tendrá que afrontar lo que venga.

—Yo preferiría irme a Sudamérica. —Vete al demonio— graznó Haggard. Y salió del coche, en busca de una cabina telefónica.

Cuando regresó, casi veinte minutos más tarde, Griffin no se había marchado a Sudamérica ni al demonio. Seguía allí, hosco el gesto, y apenas Haggard se hubo sentado, preguntó:

—¿Qué dice Clinton?

—Te diré primero lo que digo yo. —Haggard parecía todavía entre desconcertado y molesto—: Clinton no es el jefe.

—¿Qué dices?

—Que no es el jefe, maldita sea su estampa. Verás. Le llamo por teléfono, le digo lo que hay, y se queda como mudo. De pronto, me dice que le llame diez minutos más tarde. Le llamo diez minutos más tarde, y entonces me dice con tono bien seguro lo que tenemos que hacer. ¿Comprendes?

—¿Crees que él llamó a su vez a alguien, para pedirle instrucciones?

—Exactamente.

—Bien. Bueno, hombre, ¿qué demonios nos importa eso a nosotros? Por gordo que sea un pez, siempre hay otro más gordo. A nosotros nos paga Clinton, así que haremos lo que él diga. Y si él está obediendo órdenes de otras personas, es cosa suya, ¿no? ¿Qué te ha dicho?

—Pues me ha dicho que respecto a ese agente del FBI llamado Nixon...

* * *

Kent Nixon encogió los hombros, malhumorado.

—Está bien, muchachos, seguiremos con el último, Marvin Watkins.

—A mí me parece que estamos perdiendo el tiempo lastimosamente, Kent —dijo uno de sus compañeros.

—Eso parece —admitió el

G-man

—. Nadie sabía nada de Chalmer Rawson, nadie sabe nada de Owen Robinson, y en sus respectivos dormitorios, no hay nada que pueda darnos pista alguna. Al menos, Rawson tenía un hijo, al cual, según sabemos, le gustan las ranas y quiere ser acróbata. Pero de Robinson, nadie sabe nada. Un tipo que iba y venía sin meterse con nadie, y del cual nadie sabe a qué se dedicaba. Era tan poco

interesante que algunos vecinos ni siquiera se habían enterado de que ha desaparecido.

—Pasará algo parecido cuando vayamos a ver lo de Marvin Watkins, ya verás —insistió el otro—

G-man

. No vamos a conseguir nada por ese camino, Kent. Yo creo que deberíamos ir a la Delegación, agarrar por las solapas a ese chiflado de Newberry, y obligarle a decir muchas cosas más. Si ha confesado que ha matado a tres hombres, cosa que cada vez me va pareciendo más verídica, ¿por qué no ha de decirnos otras cosas?

Kent permaneció pensativo unos segundos, mirando sin ver por la ventana del apartamento donde había vivido Owen Robinson, y donde no había encontrado nada.

—No sé. Esperaremos un poco más, James. No se puede andar a bofetadas con un hombre como el señor Newberry.

—Esto es gracioso. ¡Ese señor Newberry se ha cargado a tres personas! —¿Puedes demostrarlo?

—Déjame con él cinco minutos y verás si lo demuestro o no. ¿Cuánto apuestas a que me dice dónde están los cadáveres, y así abandonamos esta tontería de andar buscándolos? —La verdad es que yo también he pensado en eso— admitió de mala gana Kent. —Pero esperaremos un poco más. Y te voy a decir por qué, James: el señor Newberry quiere que el FBI investigue.

—Pero demonios, Kent, ¿qué hay que investigar si tenemos la solución a nuestro alcance?

—Tienes razón, lo sé. Pero vamos a visitar también el domicilio del último, de Marvin Watkins.

—Ésta nos la pagas —farfulló otro

G-man.

—¿Qué quieres decir? —Se amoscó Kent.

—Quiero decir que el día que yo dirija el grupo, y tú estés a mi disposición, te voy a tener siete fines de semana buscando escarabajos... donde yo me habré asegurado de que no haya ninguno. Eso he querido decir.

Kent miró a los otros, y guiñó un ojo.

—Apuesto a que Chris tenía una estupenda cita este fin de semana, muchachos.

James y Fred emitieron una risita.

—Y seguro que era una rubia —dijo Fred.

—Pues sí —graznó Chris—, era una rubia con la que espero tener un montón de hijos. ¿Qué pasa?

—Este tío es un inmoral —deslizó Kent—. Conoce a una rubia y ya está pensando en tener un montón de hijos.

—Oye tú, después de casarme, se entiende —saltó Chris.

—Peor que peor. ¿A quién se le ocurre casarse con una rubia habiendo tantas pelirrojas?

—Eres un gracioso.

James y Fred volvieron a reír, y empujaron a Chris a palmadas hacia la puerta del apartamento. Todavía no había cerrado Kent la puerta, cuando Chris reía también.

* * *

—Bueno —refunfuñó Chris—. Supongo que ahora se te ocurrirá otra cosa, como ir a escalar el Everest, o algo parecido. Kent Nixon movió negativamente la cabeza.

—No —musitó—. Hemos terminado, muchachos. Sea como sea, no vamos a encontrar a ninguno de esos tres hombres. Puede que estén muertos, puede que no, pero no vamos a encontrarlos, y menos, en sus domicilios. Tampoco aquí hay nada que nos pueda ayudar, ni el menor rastro de Marvin Watkins. De acuerdo: volved a la Delegación, y que el jefe decida si Chris puede ir a ver a su rubia.

—¿Acaso tú no vienes?

Kent volvió a mirar a su alrededor, como manteniendo todavía la esperanza de encontrar algo en el apartamento de Marvin Watkins, del cual, los vecinos tampoco sabían nada importante. Parecía una copia de Owen Robinson: era un sujeto solitario, reservado, iba y venía sin molestar a nadie, y eso era todo.

—No —dijo por fin—. Decidle al jefe que yo tardaré un poco más. Antes de ponernos finalmente serios con el señor Newberry quiero hacer la última tentativa.

—¿De qué estás hablando?

Poco después, estaban en los coches. Kent, en el que se le había asignado, y los otros tres en otro. El primero en ponerlo en marcha, fue Kent, que pasó junto al de sus compañeros, haciendo un gesto de despedida con la mano.

—¿Adonde debe ir? —refunfuñó James.

—¿Qué más da? Volvamos a la Delegación. Kent sabe muy bien lo que hace en todo momento y nosotros ya hemos perdido demasiado tiempo.

—No creo que venga de un pozo —sonrió Fred, al volante—. Y como parece que Kent sigue nuestro camino, lo vamos a seguir. A lo mejor él también tiene una cita... con una pelirroja.

—Ése no se casa ni bajo amenaza de muerte. Además, si ha dicho que iba a hacer una última tentativa, es que está trabajando, así que dejémonos de tonterías y volvamos con el jefe.

—Por ahora seguimos el mismo camino —encogió los hombros Fred—. No voy a desviarme, ¿verdad?

Desde Davis Street, pasaron a Oíd Hartford Turnpike, y por ésta llegaron enseguida a Whitney Avenue, el camino lógico para regresar al centro de la ciudad desde allí. Pasaron por delante de East Rock Park, y poco después, en el cruce con Hillside y Edwards, el coche conducido por Kent Nixon giró a la derecha.

—Se acabó —comentó James—: ya no sigue nuestro camino.

—Pues yo no me quedo sin saber adónde va —refunfuñó Fred—. Puedo seguir por Hillside y regresar luego al centro por Whalley Avenue.

Giró también a la derecha, pero la amistosa persecución duró muy poco, porque al llegar a Prospect, Kent se salió de la avenida, hacia un elegante edificio de apartamentos. Todavía pudieron verle detener el coche detente del edificio.

—¿Y quién vive ahí? —se interesó Chris.

—Yo, no —rió Fred—. Ya sonsacaremos a Kent, y le... Hey, están llamando.

Chris, que iba a su lado, atendió la llamada del radioteléfono.

—Christopher Hayward en el coche número 4 —dijo.

—Chris —oyó la voz del inspector Nickerson—, ¿dónde está Kent? Acabo de llamarlo a su coche y no...

—Oh, señor. Sí, bueno, acaba de llegar a Prospect. Dice que llegará un poco más tarde que nosotros, porque quiere hacer una última tentativa.

—¿En Prospect?

—Pues ahí se ha detenido, señor. Nosotros estamos camino de la Delegación, pero si quieren regresamos a buscarlo.

—Prospect... Prospect... Oh, estupendo. No, no: volved. Yo me las voy a arreglar enseguida para que Kent se entere de que lo necesito: precisamente, tenía que llamar adonde él va.

—Ah. Entiendo, señor. ¿Algo más?

—No. Adiós.

—Adiós, señor.

Colgó el auricular, y se quedó mirando al frente.

—¿Qué es lo que tú entiendes? —farfulló James.

—¿Yo? Nada. Pero si lo entienden el jefe y Kent, ya nos lo dirán: calle, número, persona que vive adónde va Kent. Demonios, no nos compliquemos la vida. Bastante nos la ha complicado Kent esta mañana, teniendo la solución al alcance y haciéndonos, en cambio, ir de apartamento en apartamento.

CAPÍTULO V

Kent pulsó el timbre del apartamento, y empezó a componer la más amable de sus sonrisas. Dentro, oyó el rapidísimo taconeo de zapatos femeninos, e instintivamente, se arregló el nudo de la corbata.

La lástima era que a aquellas horas de la mañana, no parecía probable que la doctora Conway apareciese en bata, deshabillé o algo parecido, pero, en fin, una pelirroja es una pelirroja.

—¿Quién es? —Oyó la tensa voz de Lavinia Conway.

—El FBI, doctora Conway.

La puerta se abrió inmediatamente, y la sonrisa quedó petrificada en los labios de Kent Nixon. Ciertamente que Lavinia no estaba en bata, deshabillé o algo parecido; estaba, sencillamente, en sujetadores y pantaloncitos, de un delicado diseño brevísimo, y de color negro, ofreciendo un despampanante contraste con sus rojos cabellos y su blanca piel.

Y además, evidentemente, estaba nerviosísima.

—Pase —exclamó—. ¡Estoy lista en un segundo!

Dio media vuelta, y echó a correr hacia el fondo del apartamento. Kent estuvo como clavado al suelo unos segundos. Luego entró, cerró la puerta, y se fue en pos de Lavinia Conway, todavía estupefacto.

Estaba todavía entrando en el saloncito cuando ella salía del dormitorio, poniéndose un abrigo de pieles encima de las dos brevísimas prendas. Fue a toda prisa hacia un sillón, tomó su maletín, y se volvió hacia Kent.

—Lista: podemos marchar ahora mismo.

—Pe... pero ¿adónde?

—Su jefe le llamó al coche, pero entiendo que estaba usted

subiendo a mi apartamento. Me ha encargado que le diga que el señor Newberry está mal. Muy mal.

—¿Qué le ocurre? —se impresionó el

G-man

—. ¿Es por su enfermedad?

—Sin duda alguna. Estas crisis finales suelen ser muy dolorosas. Por favor, no perdamos más tiempo. ¿Puede llevarme en su coche, señor Nixon?

—Claro. Sí, por supuesto, con mucho gusto. Iremos.

Lavinia corría ya hacia la salida, y Kent partió tras ella, apresurándose. Otra cosa buena que encontraba en la doctora Conway además de ser pelirroja; cuando se la necesitaba, no era de las que perdían el tiempo.

Se lanzaron los dos escaleras abajo, a una velocidad tal que el

G-man

se alarmó.

—Se va a romper la cabeza, doctora Conway —advirtió—. Y no es necesario: tenemos buenos médicos en el FBI y cualquiera de ellos podrá atender debidamente al señor Newberry.

—El quiere que vaya yo —dijo Lavinia, sin volver la cabeza—. ¡Deprisa!

Salieron siempre corriendo a la calle. Iban tan apresurados, que el

G-man

no podía fijarse en nada. Señaló su coche, se metieron los dos dentro, y las puertas de atrás se abrieron y se cerraron rápidamente, también.

Kent se volvió, sorprendido, y en su boca hubo una crispación al ver a los dos hombres que le apuntaban con sendas pistolas.

—Arranque —dijo uno de ellos.

—Y le diré una cosa —añadió rápidamente el otro—: si no se porta como nosotros deseamos, le vamos a volar la cabeza a usted y a su amiguita. Sabemos que es del FBI, así que no vamos a andarnos con remilgos. ¿Está claro?

Kent asintió, y se volvió de nuevo hacia el volante, un poco pálido. Lavinia lanzó una exclamación.

—¿Qué significa esto? ¡Yo tengo que ir inmediatamente a la Delegación del FBI!

—En otro momento, preciosa —dijo Haggard.

—¡Mi presencia allí...!

—Si no se calla —murmuró Kent—, al único sitio al que irá usted es al cementerio, doctora.

—¡Tengo que ir allí, me necesitan!

—Rómpele la cabeza —masculó Griffin—, pero que se calle.

—Tranquilos —respingó Kent—. Tengan calma, muchachos: la doctora va a ser obediente. Por favor, Lavinia, haga lo que le dicen: esto no es ninguna broma.

Y si le rompen la cabeza, aún tardaría mucho más en poder ayudar al señor Newberry. Ya le atenderá uno de los médicos del FBI. Por favor.

Lavinia Conway estaba muy pálida, desorbitados los ojos. Y no parecía dispuesta a aceptar la situación. Pero, quizá el tono del *G-man*

, o las siniestras miradas de Hoggard y Griffin, le hicieron comprender que, en efecto, se estaba jugando la integridad de su cabeza. Y con la cabeza rota, ya jamás podría ayudar a nadie. Así que se volvió hacia delante, y se sumió en sombrío silencio.

Kent contuvo un suspiro de alivio, y dirigió una mirada al retrovisor.

—¿Adónde vamos? —musitó.

—Siga por Hillside y luego suba por Dixwell Avenue.

—Muy bien.

Llegaron muy pronto al cruce de Dixwell Avenue. Kent conducía calmadamente atento solamente a la circulación. De cuando en cuando, dirigía una mirada a los dos nombres por el retrovisor. No los conocía, pero sí conocía el tipo, y la situación le fue pareciendo más y más peligrosa a cada instante. Sabían que era del FBI, y se permitían secuestrarlo. Las consecuencias finales de esto, no serían, seguramente, pedir un rescate por él, desde luego.

Quitó la mano derecha del volante, y se rascó la rodilla del mismo lado, como abstraído.

—Esa mano en el volante —oyó atrás la seca orden.

—Sólo me estaba rascando.

—Debe tener pulgas —comentó el otro, hoscamente. Kent regresó la mano al volante. Comenzó a pensar en la posibilidad de desviar bruscamente el coche fuera de la carretera, pero desechó

pronto la idea, en cuanto hiciese alguna maniobra rara, podían volarle la cabeza, a él y a Lavinia. Por otra parte, si provocaba un accidente con su inesperada maniobra, saldrían perjudicadas personas que nada tenían que ver con aquello. Se pasó la lengua por los labios, y dirigió una mirada de reojo a Lavinia, que seguía muy pálida, envarada.

Volvió a bajar la mano derecha, y se rascó de nuevo la rodilla; pero sólo un segundo, porque acto seguido presionó una pierna de la doctora. Ésta bajó la mirada sorprendida, y vio la mano del

G-man

cerrada, excepto el dedo índice, señalando hacia arriba. Inmediatamente, dejó de señalar, y volvió a presionar su pierna, por encima del abrigo. Luego la retiró, colocándola de nuevo sobre el volante.

Lavinia Conway quedó desconcertada, sin saber qué pensar. Una cosa era segura: el agente del FBI Kent Nixon no se estaba dedicando a propasarse con ella o algo parecido. Había querido decirle algo, pero ¿qué cosa?

—¿Sigo por Dixwell? —preguntó Kent.

—Hasta que nosotros le digamos lo contrario —gruñó Haggard.

—Bien. Espero que se den cuenta de que están secuestrando a un agente del FBI. Cuando mis compañeros lo sepan...

—Cierre la boca.

Kent asintió con la cabeza, y siguió atento a la marcha. Lavinia Conway estaba pensando intensamente. Sabía que era una chica inteligente, pero no conseguía descifrar el gesto de Kent Nixon. ¿Por qué había señalado hacia arriba, hacia el cielo?

Medio minuto después, Kent Nixon volvió a rascarse la rodilla un instante, para, enseguida, volver a presionar la pierna de Lavinia, y cuando ella miró su mano, ahora con más disimulo, el dedo del

G-man

volvió a señalar hacia arriba.

Hacia arriba, hacia arriba. La mano de Kent se retiró de nuevo, y Lavinia partió del lugar de su pierna donde había estado, mirando lentamente hacia arriba, ascendiendo lentamente, hasta que su mirada se quedó fija en el radioteléfono, instalado ante ella en el tablier. Entonces fue ella quien bajó su mano izquierda, la deslizó

hasta la rodilla derecha de Kent, y apretó suavemente.

Kent Nixon pareció no enterarse, siempre muy atento a la conducción del coche. Mientras tanto, la mirada de Lavinia estaba fija obsesivamente en el radioteléfono. ¿Le estaba diciendo que llamase? Desde luego, Kent se refería al radioteléfono, pero...

—A la derecha ahora —dijo de pronto Griffin.

—¿Estamos llegando? —preguntó Kent.

—Entre en esa villa —señaló Griffin.

Kent hizo girar el volante, salió de la carretera, y enfiló el corto y ancho camino asfaltado hacia la villa señalada. Había una gran verja protegiéndola, con dos grandes puertas de rejas que estaban abiertas. A ambos lados de la entrada, en los pilares que servían de base a las grandes puertas, estaba el número de la villa: 2476.

Entraron y apareció enseguida un hombre, que se colocó a un lado, como esperando algo. Kent miró una vez más por el retrovisor mientras conducía hacia delante de la hermosa casa rodeada de jardín. Y se estremeció cuando, detrás de ellos vio, uno tras otro, tres coches más que sin duda los habían estado siguiendo. Es decir, que si hubiese intentado algo...

Detuvo el coche delante mismo de la casa, y quedó silencioso. Los dos hombres que esperaban en el asiento de atrás, no dijeron nada hasta que los otros tres coches se hubieron detenido al otro lado de la explanada. Mirando de reojo hacia allí, Kent vio aparecer en total, a seis hombres; dos de un coche, y uno de cada uno de los dos restantes. Cuatro hombres. Y dos que tenía detrás seis, mala suerte.

—Salgan del coche. Espere.

Haggard se inclinó hacia delante, y le quitó la pistola. Luego, le dio una palmada en la espalda, y Kent Conway asintió. Miró a Lavinia.

—Apéese, doctora —ella lo miró, asintió con un gesto, y giró sobre el asiento, todavía sentada, hacia la derecha, apoyando en el tablier su mano izquierda, para impulsarse, mientras Kent decía con tono tranquilizador—: pronto sabremos que hacemos en el 2476 de Dixwell Avenue. Aunque con seis hombres como estos que...

—Cierre la boca —insistió Haggard—, y salga de una vez del coche.

Lavinia acabó de salir, y entonces lo hizo el

G-man

. Se encontraron rodeados por los seis hombres, uno de los cuales señaló hacia la casa. Comenzaron a caminar hacia allí. Kent volvió la cabeza, y vio al hombre número siete, el que había estado allí todo el tiempo, cerrando las puertas de hierro.

Fueron introducidos en la casa, y llevados al salón.

Allá, sentado en un mullido, enorme y lujoso sillón, había un hombre al que Kent tampoco conocía. Debía tener unos cincuenta años, llevaba lentes de miope, era más bien gordito, y no cabía duda de que sabía gastarse el dinero en ropa, a juzgar por la calidad de ésta y la elegancia del corte. A pesar de su aspecto de comerciante bonachón a Kent Nixon le bastó mirarlo a los miopes ojos para saber que aquel hombre no era de los que se detenían por contratiempo más o menos.

Pero, más que esto, le llamó la atención el mal contenido sobresalto del hombre al fijar sus miopes ojos en Lavinia.

—¿Qué hace ella aquí? —La señaló.

—Estaba con el federal —dijo Haggard—, así que no tuvimos más remedio que traerla también, Clinton. Estuvimos siguiendo a este tipo, y por un momento pensamos que no podríamos traerlo, porque sus compañeros del otro coche iban tras él. Luego, ellos siguieron adelante, y él subió a buscar a la chica.

Clinton Mac Lomore frunció el ceño, y volvió su hosca mirada hacia Kent. Luego miró de nuevo a Lavinia, con cierta inquietud, y por fin otra vez a Kent Nixon.

—¿Por qué la fue a buscar, señor Nixon? —preguntó.

—Ah... ¿Sabe usted mi nombre? Yo no tengo el gusto de...

—¿Por qué la fue a buscar a ella? —volvió a señalar Mac Lomore a Lavinia.

—Es mi médico. La señorita Conway es...

—¡Ya sé que ella es médico! —cortó Mac Lomore—. Lo que no sé es por qué la fue a buscar, y eso es lo que he preguntado. Y si me vuelve a decir que ella es su médico, y que a usted le dolía la barriga, o algo parecido, lo va a lamentar. Los dos lo lamentarán.

El hombre de las verjas había llegado ya, así que había ocho hombres mirando amenazadoramente a Kent. Por fuerza tenía que comprender que la situación no estaba como para tomársela a broma. Y sabía muy bien que si aquella gente quería saber algo, lo

sabrían, de un modo u otro.

—La fui a buscar para que me acompañase a casa de la señora Baker... La señora Baker es también paciente de la doctora Conway, y yo quería que ella viniese conmigo para cerciorarse de si la señora Baker estaba en condiciones de contestar algunas preguntas.

—¿Qué preguntas?

—¿Qué puede importarle a usted lo que yo tuviera que preguntarle a la señora Baker?

Los miopes ojos de Clinton Mac Lefore se entornaron. Durante unos segundos, permaneció silencioso, hasta asentir con un gesto.

—Muy bien —aceptó—. No sé quién es esa señora Baker, y maldito que me importa lo que usted fuese a preguntarle, señor Nixon, así que hablaremos de lo que sí me importa: ¿Por qué está el FBI buscando a Watkins, Rawson y Robinson?

—Hemos sido informados de que ellos tres están muertos... y queríamos cerciorarnos de ello.

Hubo un movimiento de inquietud general, y hasta alguna exclamación ahogada entre aquella gente. Mac Lefore había vuelto a entornar los ojos.

—¿Muertos? —murmuró.

—Sí.

—¿Y quién les informó a ustedes de eso? ¿La mujer de Chalmer Rawson?

—La mujer de Rawson, junto con su hijo Ronnie, han desaparecido.

—¡Eso ya lo sé! ¿No fue ella?

—No.

—¿Quién fue, entonces?

—Avery Newberry.

Por un instante, Clinton Mac Lefore se quedó con la boca abierta.

—¿Y quién se lo dijo a ese hombre?

—Los mató él. Y se presentó en la Delegación para decírnoslo.

—¿Me está tomando el pelo?

Kent Nixon sonrió torcidamente.

—Si le parece que estoy en condiciones de tomarle el pelo...

Una vez más entornó los miopes ojos Clinton Mac Lefore, y quedó pensativo. Kent se dio cuenta de que aquel hombre estaba

muy desconcertado..., pero quizá no tanto como él mismo. ¿De qué conocía aquel sujeto a la doctora Conway? Porque eso era evidente...

—¿Y por qué los mató? —preguntó de pronto Mac Lemoire.

—No ha querido decírnoslo. Tampoco ha querido decirnos dónde escondió los cadáveres..., así que estábamos buscando a esos tres hombres, vivos o muertos... ¿Trabajaban para usted?

—Yo hago las preguntas, señor Nixon.

—Sí, claro. Y mientras se limite a eso, quizá exista alguna posibilidad de un arreglo entre usted y yo... Es decir, entre usted y el FBI...

—Quizá —admitió Mac Lemoire, con cierto sarcasmo—... Pero antes, quisiera que usted me explicase muy bien todo este asunto, señor Nixon. Puede usted hacerlo a las buenas o a las malas... A su gusto.

—Prefiero no complicar las cosas.

—Inteligente decisión. Empiece desde el principio. Y sea muy explícito y sincero... ¿Entiende? Siéntense los dos.

Lavinia y Kent se sentaron juntos en el sofá, y el agente del FBI procedió a explicar todo cuanto sabía del caso, sin omitir absolutamente nada... Más por propio interés que por el de aquel sujeto miope, ya que tenía la esperanza de que algún comentario del tal Clinton, o alguna expresión, le ayudase a él a comprender mejor todo aquel enredo desconcertante.

Pero, cuando terminó la explicación, Clinton Mac Lemoire parecía tan desconcertado e ignorante como él mismo. Se quitó los lentes, los limpió muy pensativo... De pronto, se puso en pie, y salió del salón, que quedó sumido en total silencio.

Hasta que Kent se inclinó hacia Lavinia y musitó:

—¿Conoce usted a ese hombre, doctora?

—No.

—Pero él sí parece conocerla a usted, ¿verdad?

—Sí.

—¿Y usted no lo conoce a él? ¿Está segura?

—Segurísima.

—Bien... Supongo que se ha dado cuenta de que él se ha sorprendido mucho al oírme mencionar al señor Newberry.

—Sí, sí.

—Quizá este sujeto conozca al señor Newberry, y de rechazo, a usted... O quizá Newberry le habló de usted a él...

—¿Cómo puedo saber eso? No entiendo nada de nada... Y el señor Newberry debe estar mal en estos momentos...

—Ya le dije que en el FBI tenemos buenos médicos —aseguró Kent—, así que tranquilícese al respecto. ¿No quiere decirme todavía qué enfermedad padece el señor Newberry?

—No.

—Mire, me gustan las personas de convicciones firmes y comprendo muy bien su actitud profesional, además. Pero quizá aún no ha entendido usted que estamos investigando el asesinato de tres personas... y que el asesino es el señor Newberry.

—Imposible... ¡No puedo creerlo! El señor Newberry es un hombre bueno, amable, generoso... ¡Imposible!

—Pues le aseguro que es él mismo quien dice haber asesinado a esos tres hombres. Maldita sea mi estampa, este caso no tiene ni pies ni cabeza.

—Pregúntele usted a estos hombres. Quizá ellos...

—Ellos están tan desconcertados como nosotros. Pero, además, están asustados. Sin saber cómo, se enteran de que están dentro de la esfera de la investigación del FBI, ya que, obviamente, esos tres hombres que Newberry dice haber matado, trabajan para el miope. Estamos en manos de una banda, doctora Conway.

—Una banda... ¿de qué?

—No lo sé —masculló Kent—. Pero sí sé que hasta ahora han estado bien organizados, y todo les iba tan bien que en el FBI ni siquiera teníamos noción de su existencia y...

Kent Nixon se calló de pronto, y se mordió los labios. Claro... ¡Ahora empezaba a ver claro! Por lo que fuese, Avery Newberry había tomado la decisión de matar, primero, a Chalmer Rawson, y después a Owen Robinson y a Marvin Watkins... Uno tras otro, los había ido eliminando, y escondiendo sus cadáveres. Pero, de pronto, decide no seguir adelante... Y esto podía deberse a dos motivos. Uno; se encontraba tan enfermo, que sabía que las fuerzas le iban a fallar. Dos; se había dado cuenta de que él sólo jamás podría con aquella organización delictiva, por lo que se había presentado al FBI y se las había arreglado para introducirlo en aquel asunto, con la certeza de que el FBI terminaría su labor, posiblemente aniquilando

a todos aquellos hombres, a toda la banda...

Pero... ¿por qué? ¿Por qué un hombre bueno, amable y generoso se dedicaba a asesinar, con aquella gran determinación? Debía ser por motivos muy poderosos... Poderosísimos. Y si ya había relacionado aquel asunto con el caso Baker, Kent Nixon sólo podía llegar a una conclusión, que definió en forma de pregunta: ¿había sido aquella organización, o algunos de sus miembros, quienes habían asesinado a Peggy Baker, y Newberry se había enterado, emprendiendo la venganza por su cuenta en lugar de recurrir a la policía?

Y luego, cuando había comprendido que no podría seguir en su empeño...

Alzó vivamente la cabeza, al oír las pisadas.

Clinton Mac Lefore regresaba al salón.

—Rumsey, Fasset, Griffin —llamó.

Los tres hombres requeridos fueron hacia él. Mac Lefore se colocó tras el pequeño bar de curvado mostrador, y mientras se servía un Martini, estuvo susurrando unas palabras que sólo aquellos tres hombres pudieron oír. Por fin, los tres asintieron con la cabeza y se volvieron.

—Ustedes dos —señaló Griffin—. Vengan con nosotros.

Lavinia miró a Kent, con expresión interrogante. Pero el *G-man*

no pareció darse cuenta de aquella mirada. Estaba pálido, y sus labios se apretaban fuertemente, mientras su mirada parecía clavarse en el hombre miope.

—¿Está loco? —susurró.

—Vayan con ellos —dijo Mac Lefore, indiferente.

—Piénselo bien —se tensó la voz de Kent.

—No hay nada que pensar, señor Nixon.

—De veras que está loco... Si hace eso, está perdido definitivamente.

—Llévoslo —movió una mano Mac Lefore, como quien espanta una mosca.

El

G-man

parecía petrificado, incapaz de moverse. Estaba pensando más en Lavinia Conwav que en él, ciertamente. Y pensaba con

desesperación, intentando encontrar una solución, unas palabras que hicieran desistir al miope de sus clarísimas intenciones.

Pero Griffin echó a rodar las cosas.

Se acercó a Lavinia, la asió por un hombro del abrigo, y tiró de ella.

—Vamos, pre...

Casi le quitó completamente el abrigo a la doctora Conway. No del todo, pero sí lo suficiente para que todos se dieran cuenta, por fin, de la brevísima indumentaria que ella llevaba bajo el abrigo. Lavinia recuperó esta prenda de un tirón, cerrándola ante su pecho con fuerza, y se quedó mirando a Griffin con los ojos muy abiertos.

—Vaya —soltó una risita Haggard—... ¿Qué os parece la doctora, muchachos? ¡Acaba de quitarle el abrigo, Griffin!

—Nada de tonterías —gruñó Mac Lemoire—. Lleváoslos. No quiero estupideces aquí.

—Pero, Clinton, es un bombón —volvió a reír Haggard—. Es tan bombón que podríamos explotarla estupendamente. Quieto decir...

—Una sola palabra más, y tendrás que arrepentirte —cortó secamente Mac Lemoire.

—Bueno, era sólo una idea —refunfuñó Haggard.

—Marcharos de una vez —miró Mac Lemoire a Griffin.

Éste volvió a asir el hombro del abrigo de Lavinia, rápidamente, y dio otro tirón, esta vez mejor calculado. El fino abrigo escapó de entre los dedos de la doctora Conway, y quedó en las manos de Griffin... Excepto Mac Lemoire, los demás no pudieron evitar una expresión muy significativa al ver a Lavinia Conway en pantalones y sujetadores.

Pero la «fiesta» duró poco.

Kent se puso en pie de un salto que lo colocó delante de Griffin, y antes de que éste pudiera reaccionar, lanzó su puño derecho, en un escalofriante directo que tiró de espaldas a Griffin, con los labios partidos y piernas en alto. El

G-man

recogió el abrigo en el aire, se lo entregó a Lavinia... y recibió un tremendo golpe en los riñones, propinado por Haggard con su pistola.

El hombre del FBI lanzó un alarido, y cayó de rodillas. Rumsey se colocó ante él, y le disparó un puñetazo en la barbilla que

derribó de espaldas al

G-man

. Y apenas había llegado al suelo, Fasset saltó sobre él, y le aplicó otro puntapié, ahora en el hígado. Kent Nixon quedó lívido como un cadáver, pero todavía intentó ponerse en pie... Aún estaba girando cuando otro puntapié le acertó en el vientre, derribándolo de nuevo de espaldas. Volvió a girar, se puso a gatas... y un último puntapié en la barbilla terminó la cuestión.

Kent Nixon quedó tendido de bruces en el centro del salón, crispado el rostro en una mueca de angustia. Lavinia, que había permanecido congelada de espanto, corrió de pronto hacia él, y se arrodilló a su lado.

—Kent... ¡Kent!

Griffin se había puesto en pie, destrozada la boca por el puñetazo del

G-man

, lanzando horrendas maldiciones. Comenzó a caminar hacia Kent, pero la voz de Mac Lemoire zanjó la cuestión.

—Te está bien empleado —sentenció—. Y desde luego, ya no puedes ir con ellos. Ve a limpiarte. Haggard, ve tú con Fasset y Rumsey. Y no quiero más tonterías. Ya hablaremos luego de eso.

Haggard asió a Lavinia por el abrigo, pero no hacía falta que ésta lo sujetase con fuerza, porque la broma, por el momento, parecía haber terminado. La empujó hacia la puerta, mientras Fasset y Rumsey asían cada uno de una mano a Kent, y lo arrastraban por el piso hacia la salida.

—Utilizad uno de nuestros coches —indicó Mac Lemoire—. Tú, Trask, hazte cargo del coche del FBI ahora mismo y déjalo bien lejos de aquí. Ten cuidado y volved todos cuanto antes... Hay que tomar decisiones.

CAPÍTULO VI

Lo primero que vio al abrir los ojos, fue la nuca de uno de aquellos sujetos, al que iba al volante. Rumsey, parecía... Sí, porque enseguida, sentado junto a éste, vio a Fasset, vuelto en el asiento, pistola en mano, mirándolo con ironía, fijamente.

—Señor Nixon...

Kent notó el contacto de la mano y volvió la cabeza. A su lado, estaba Lavinia Conway, tomándole una mano. Al otro lado del asiento de atrás, Haggard, también pistola en mano, apuntando a la doctora.

—Estoy bien —musitó roncamente Kent—. Estoy bien, doctora, no se preocupe.

—Habría que examinarlo. Con esos golpes que le han dado...

—No se preocupe —insistió él.

Se acomodó un poco mejor en el asiento, y miró afuera... Iban por una carretera, con campo a los lados. Sí, debían llevarlos a un buen lugar donde matarlos, y seguramente, enterrarlos o tirarlos a uno de los muchos lagos que había por allí.

—¿Qué... qué piensan hacer con nosotros?

—Nada malo. —Kent palmeó una mano a Lavinia.

Rumsey, al volante, soltó una risita. Fasset y Haggard se limitaron a sonreír, divertidos. ¿Nada malo? Bueno, eran puntos de vista, claro.

—Desvíate ya —dijo Haggard—. Es suficiente.

Rumsey sacó el coche de la carretera, y siguieron viajando por otra más estrecha. Muy poco después, lo hacían por un camino de tierra. Finalmente, el coche se detuvo junto a un grupo de árboles. La tarde estaba gris, se veía fría, desapacible. Un poco más allá se veían las aguas de un lago. No podía fallar.

—Yo creo que aquí está bien —dijo Fasset—. ¿Verdad?

—Salgan del coche —asintió Haggard con un gesto.

—Esperen —musitó Kent—. Ustedes no se dan cuenta de lo que van a hacer.

—Este tipo quiere soltarnos un cuento de hadas, ahora —rió Fasset—. Vamos, salgan.

—Podemos llegar a un acuerdo —insistió Kent.

—No diga tonterías.

—¿Qué clase de acuerdo? —sonrió Rumsey.

—Si hacen lo que están pensando, ya nada ni nadie podrá ayudarles. Recapaciten, y por listos que sean, comprenderán que...

—Menos rollo, amigo —gruñó ahora Fasset—. Vamos, fuera del coche ahora mismo.

Haggard alzó la pistola, y la colocó en la sien de Lavinia, que se irguió en el asiento. Kent Nixon se pasó la lengua por los labios. Sabía que al menor movimiento brusco que hiciese, la cabeza de la pelirroja saltaría en pedazos. Claro que de todos modos los iba a matar, pero...

Salió del coche y se volvió para ayudar a Lavinia a hacerlo. Pero la doctora estaba congelada de miedo, porque, finalmente, comprendía cuáles eran los propósitos de aquellos hombres. Tendió su mano, que el

G-man

notó helada; como si fuese de auténtico hielo. Quiso decirle algo, pero desistió de ello... ¿Qué podía decirle a una persona a la que iban a asesinar?

Rumsey había salido también del coche, igual que Fasset y Haggard, éstos por el otro lado, y siempre pistola en mano, como Rumsey, que pinchó con ella a Kent en un costado, gruñendo:

—Venga, venga, no vamos a...

En la fría tarde, de pronto, restalló nítidamente el estampido de un potente disparo, por detrás de ellos. Al otro lado del coche, la cabeza de Haggard estalló en miles de pedazos diminutos, y el cuerpo fue lanzado con terrible fuerza contra Fasset, que lanzó un alarido de sorpresa y espanto ante el brevísimo y atroz espectáculo.

Espectáculo que ni Rumsey ni Kent pudieron presenciar, porque el

G-man

captando el desconcierto del primero, giró velozmente su mano izquierda, desvió la mano armada con la pistola, y hundió el puño derecho en el estómago de Rumsey, que lanzó un alarido y se encogió, dando un tirón para soltar su mano derecha.

Otro disparo de idéntica potencia restalló en el tranquilo y solitario lugar, y Fasset lanzó un alarido tremolante, cayó al suelo como si le hubiesen derribado de un cañonazo, rodó varios metros, se puso en pie, y echó a correr, tambaleándose, hacia el grupo de árboles.

Mientras Kent Nixon alzaba la rodilla derecha en un formidable golpe que enderezó a Rumsey y lo tiró hacia atrás como un poste..., pero dejando la pistola en la mano del agente del FBI que se volvió inmediatamente, apuntando con ella, por encima del coche, al fugitivo Fasset.

—¡Alto! —gritó.

Fasset se volvió, sin dejar de correr, y alzando la pistola. Sus intenciones eran tan clarísimas, que Kent no tuvo la menor vacilación. Apretó el gatillo, y, al mismo tiempo que veía a Fasset saltar como un conejo acertado en plena carrera, oía cerca de él el grito de Rumsey.

Se volvió a toda prisa, dispuesto a disparar. Pero, al mismo tiempo que comprendía que aquel grito había sido de dolor le veía de rodillas, con las manos crispadas en el pecho, en el que inmediatamente brotó la sangre, escapando por entre los dedos. Pareció que Rumsey fuese a quedarse así para la eternidad, pero de pronto, sus ojos giraron, y cayó de bruces.

Kent pasó a toda prisa a ocupar el sitio del conductor en aquel coche, dio la marcha atrás, y retrocedió, dando saltos por el desigual terreno, hasta quedar en una posición desde la cual dominaba a los tres hombres, ninguno de los cuales se movía. El

G-man

se volvió, crispado el rostro, para mirar a Lavinia Conway, que parecía alucinada. Le sonrió de lado, y salió del coche, volviéndose hacia atrás, haciendo gestos con el brazo izquierdo.

Luego, se sentó junto a la bella pelirroja, y tras meterse la pistola en un bolsillo, le tomó las manos.

—¿Está bien, doctora? —se interesó, con voz ronca—. Vamos, tiene que reaccionar.

La mandíbula inferior de Lavinia comenzó a moverse, pero fue en un temblor que hizo sonar sus dientes. Kent Nixon consiguió volver a sonreír, y le dio un cachetito en la mejilla.

—Tranquílcese, estamos a salvo. Quédese aquí, no salga del coche para nada. Volveremos enseguida a New Haven.

—Que-que-querían... querían matarnos...

—En efecto. Pero gracias a usted, estamos con vida. Esto es algo que tendremos que celebrar debidamente. Podríamos...

—¡Kent! —Oyeron la voz, ya muy cerca—. ¡Kent!

—Ése es Pauwels —sonrió Kent—. Si alguien en New Haven sabe de verdad manejar un rifle, es él. Una vez perdí veinte dólares porque aposté que no era capaz de decapitar a una mosca en pleno vuelo desde una milla de distancia.

Lavinia tragó saliva, y consiguió sonreír. Kent volvió a darle otro cachetito, y salió del coche, justo cuando el agente del FBI Leo Pauwels llegaba allá, rifle en mano.

—¿Estáis bien los dos? —se interesó.

—Seguro. Buenos disparos, Leo.

—Los he hecho mejores —refunfuñó Pauwels.

—Lo dudo. No me digas que has venido solo.

—No, hombre. Ahora vienen los demás con el coche.

Los demás eran James y Chris, que llegaron conduciendo un coche particular. Se apearon, y Kent los miró con el ceño fruncido.

—Sois feos, pero me alegro de veros... Estaban a punto de dar fin al «paseo».

—Tú, con tal de no dejarme ver a mi rubia, eres capaz de todo —refunfuñó Chris—; hasta de meterte en un lío para que te asesinen. ¿Estás bien?

—Un poco dolorido. ¿Cómo han quedado las cosas allá?

—El jefe y los demás se las están entendiendo con los de la villa número 2476 de Dixwell Avenue. Eres un tío listo, ¿eh? Pero me gustaría saber cómo conseguiste pasar esa información, ya que imagino que os llevaron allí a la fuerza, y que cuando lo dijiste por el radioteléfono estabas vigilado.

—El mérito es de la doctora Conway —sonrió Kent—. Me entendió bien, por fin, y cuando salíamos del coche, se las arregló para alzar el auricular del radioteléfono mientras simulaba que se apoyaba allí para salir del coche. Entonces, yo aproveché el

momento para mencionar el lugar.

—Pero que muy listo.

—Más listos habéis sido vosotros, que nos habéis seguido sin que ellos se diesen cuenta.

—Todos somos muy listos —dijo James—. Está bien, creo que debemos volver a toda prisa, por si el jefe y los demás necesitan ayuda. Vamos a recoger a esos tipos, los metemos en su coche y regresamos a la villa 2476 de Dixwell Avenue... ¿Cómo es que te sacaron de la casa arrastrando, Kent? ¿Tenías sueño?

—Vete al demonio —gruñó Kent.

Cinco minutos después, los dos coches emprendían el regreso a New Haven. En uno de ellos, James, con los tres cadáveres. En el otro, Chris al volante, Pauwels junto a él, y Kent y Lavinia en el asiento de atrás.

—Tengo que ir a ver al señor Newberry —musitó ella.

—Como nos pilla de camino, iremos juntos hacia esa villa. Allá, nosotros nos quedaremos y usted podrá seguir en este coche hacia la Delegación. Y salude al señor Newberry de mi parte.

CAPÍTULO VII

—¿Cómo está, señor Newberry?

—Ah —sonrió Avery Newberry—. Es mi buen amigo Kent. Me alegro de verle, muchacho.

—Gracias. —Kent se sentó junto a la cama en la que yacía Newberry—. Yo también me alegro de verle a usted, se lo aseguro. Hola, doctora Conway. ¿Se le ha pasado el susto?

Lavinia Conway, sentada al otro lado de la cama, asintió con la cabeza. Todavía llevaba el abrigo de pieles, y Kent dedujo que el resto de la indumentaria debía ser la misma.

—Me alegro —sonrió Kent—. Y espero que no me guarde rencor por haberla metido sin querer en ese trance. Bien, señor Newberry, aún no me ha contestado usted; ¿cómo se encuentra?

—Muy mal —sonrió Newberry—. Moribundo, ya ve.

—Vamos, no diga tonterías. Pronto se encontrará...

—No, Kent. Pronto moriré... Pero ya no me importa gran cosa. Oh, tengo que darle las más expresivas gracias por sus gestiones, muchacho; su jefe me dejó figonear por varios sitios, aunque refunfuñando que sólo lo hacía por complacerle a usted, no a mí.

—Espero que no le hayan descubierto los top secrets del FBI —rió Kent—. Y ahora, señor Newberry, vamos a hablar en serio. He sido encargado de aclarar los últimos detalles con usted, así que, de veras, por favor; hablemos en serio.

—Muy bien. ¿Qué ha pasado?

—¿Conocía usted a un tal Clinton Mac Lemoire?

—No.

—El sí le conocía a usted, y a la doctora Conway... ¿Cómo se explica eso?

—No tengo ni idea. ¿Quién es ese sujeto?

—Era —aclaró el

G-man

—. Ahora está muerto, señor Newberry. Le diré lo que hemos sabido después de una... pequeña refriega en cierta villa.

—¿Han tenido ustedes bajas? —se alarmó Newberry.

—Dos heridos leves, y uno regular; un balazo en una pierna. Pero peor lo pasaron Mac Lemoire y los suyos. Mac Lemoire no quiso de ninguna manera entregarse, y fue de los primeros en caer. Luego, los demás, comprendieron pronto que no podrían escapar, y prefirieron entregarse antes que morir... ¿Sabe usted a qué se dedicaban Clinton Mac Lemoire y los suyos?

—No.

Kent Nixon entornó los ojos.

—¿Está seguro?

—Claro. ¿A qué se dedicaban?

—Negocios diversos —susurró Kent—. Trata de blancas, en su mayoría procedentes de Canadá y con destino especialmente a Nueva York. También, tráfico reducido de drogas, con las cuales, en primer lugar, iniciaban a las pobres muchachas que se creían cuentos de príncipes antes de salir de Canadá, y luego, ellas mismas, ya encajadas en la «profesión» las proporcionaban a sus clientes. Finalmente, y en no pocas ocasiones, el grupo de Mac Lemoire se dedicaba al asesinato por encargo... ¿Le ocurre algo, doctora Conway?

La pelirroja contemplaba al agente del FBI con expresión desorbitada.

—¿Todo eso... que dice usted... es cierto? ¿De verdad?

—De verdad. Y hemos terminado con esa importantísima banda de la que no teníamos noticia, gracias a la intervención del señor Newberry. —Kent miró de nuevo a éste—. Era lo que usted quería, ¿no es cierto?

—Bueno, yo no sabía... no sabía que la cosa fuese tan importante. Pero, mientras perseguía a los tres hombres que maté, fui comprendiendo que había algo, especial en todo aquello. Comprendí que lo de Peggy no había sido un asesinato casual, sino algo pensado, y... Bueno, como han abolido la pena de muerte, yo., yo me dije que no podía conformarme con matar a su asesino, sino que...

—Un momento, señor Newberry; ¿cómo supo usted quién había asesinado a Peggy Baker?

—Lo vi... Bueno, no vi al hombre, de momento... Yo estaba en mi casa aquella noche, sentado junto a la ventana, esperando el regreso de Peggy... No tenía la luz encendida, porque no quería que ella pensase que la espiaba. Era solo... que estaba preocupado por ella. Casi todas las noches regresaba muy tarde... Ya sé que eso no tiene importancia hoy en día, pero yo no vivía tranquilo. Claro que comprendía que ella tenía derecho a divertirse, y jamás le dije nada, pero... Mire, Kent, yo consideraba a Peggy como si fuese mi propia hija, así que...

—Ya sé eso. Y comprendo su actitud al esperar el regreso de la muchacha. Supongo que no se acostaba usted hasta que sabía que ella había regresado a casa sana y salva.

—Exactamente. Me decía a mí mismo que era un pobre tonto por preocuparme, pero no podía evitarlo.

—Lo entiendo, señor Newberry. ¿Qué pasó aquella noche?

—Vi... vi llegar a Peggy, en su coche. Ella no podía verme a mí, porque, como le digo, yo permanecía con la luz apagada, así que tenía que pensar que yo dormía. Bien... Ella llegó, saltó del coche, y corrió hacia la casa. Yo me disgusté, porque sabía que cuando no encerraba el coche en el garaje, era porque pensaba volver a salir todavía un rato, o que simplemente, iba a casa a buscar algo... Pero no podía hacer nada más que seguir esperando su vuelta definitiva, así que me resigné. La estaba mirando caminar hacia la casa.

—Eran las once y media, ¿no?

—Sí... Aproximadamente. Pero Derby Boulevard está muy bien iluminado... ¿Por qué pregunta eso?

—Porque usted ha dicho antes que vio al hombre que disparó contra Peggy.

—Así fue, se lo juro... Primero, sólo vi que Peggy caía de bruces. Me puse en pie, sin comprender lo que sucedía... Enseguida, me di cuenta de que, muy delante de mi casa, entre uno de los arbustos de flores, había visto... un fogonazo...

—El disparo.

—Sí. Comprendí eso inmediatamente, porque vi salir corriendo a un hombre que llevaba un rifle. Yo estaba paralizado, como incapaz de pensar... No podía moverme. El hombre cruzó la calle, se metió

en un coche que había estacionado allí, y lo puso en marcha... Al encender las luces de posición, yo pude ver la matrícula del coche. Se me quedó grabada en la mente, pero no podía moverme, porque todavía no... no podía comprender lo sucedido...

—Si no se encuentra usted bien...

—Sí, sí... Quiero terminar ya con esto. Bueno, yo conseguí reaccionar por fin, salí de casa, corrí hacia donde estaba Peggy... En fin, luego vino la policía, se empezaron las investigaciones, las preguntas...

—Y usted no quiso mencionar la matrícula de aquel coche.

—No. Me tiene sin cuidado lo que piensen quienes hayan de juzgarme, pero yo me dije que tenía que matar personalmente a aquel hombre... Nunca había odiado a nadie, Kent, pero aquel hombre... No le dije nada a la policía. Y me dediqué a buscarlo por mi cuenta. Tardé casi dos semanas en poder localizarlo, por medio de la matrícula, por medio de su coche. Cuando le vi, lo identifiqué sin lugar a dudas. Y me dediqué a vigilarlo, esperando el momento oportuno... Mientras tanto, él estuvo con Owen Robinson, y luego, éste estuvo con Marvin Watkins.

—Siga con lo de Rawson, con lo del primero.

—Pensé que, Robinson y Watkins habían sido cómplices de Rawson, así que después de matar a éste, no me detuve... Y no me habría detenido si no hubiese... presentido que mi final estaba tan cerca; hubiese seguido yo solo. Pero... no tardé en darme cuenta de que aquella gente llevaba una vida... diferente. Fui comprendiendo que me estaba metiendo en una empresa superior a mis fuerzas. Así que después de lo de Watkins, decidí venir a ustedes...

—Ya sé todo eso. ¿Cómo mató a Rawson?

—De un disparo en la cabeza, ya se lo dije. Le puse una bolsa de plástico en la cabeza, recogí el cadáver, lo metí en mi coche, y lo llevé a casa...

—¿A la casa de usted? —Se sorprendió Kent—. No hemos encontrado ni rastro de cadáveres allí.

—Están en la piscina —sonrió Newberry.

—¿En la piscina? Pero usted no tiene pisci... —Kent respingó fuertemente—. ¿Se refiere a la piscina de la señora Baker?

—Sí.

—Santo cielo... Pero ¿por qué allí?

—Era un sitio de fácil acceso para mí, seguro y cómodo... Nadie buscaría cadáveres allí. Y quise que el asesino de Peggy se pudriera en aquella piscina donde ella jamás podría volver a nadar... Era tan joven, tan dulce y hermosa —los ojos de Newberry se llenaron de lágrimas—. Era una... niña maravillosa con sus bucles dorados, sus ojos tan grandes... Durante aquellos años, fui un hombre feliz... La adoraba...

Kent Nixon tragó saliva.

—Señor Newberry, ¿no se le ocurrió a usted preguntarle a Chalmer Rawson por qué había estado esperando escondido la llegada de Peggy para matarla?

—No... No hubiese podido hablar con él de ninguna manera. Si lo hubiese tenido cerca de mí, al alcance de mis manos, lo... lo habría hecho pedazos, le habría arrancado los ojos... le... ¡No hubiese podido contenerme!

—Pero ese asesinato debe tener una explicación, compéndalo —insistió Kent—. Mire, yo sé ya por qué mató usted a esos tres hombres, que sabemos ahora pertenecían los tres al grupo de Clinton Mac Lemoire. Seguramente, los tres merecían la muerte, igual que otros de su calaña. No voy a decir con esto que apruebo lo que usted ha hecho, pero... le comprendo; comprendo sus motivos. En cambio... ¿qué motivos podía tener Chalmer Rawson para esperar emboscado a Peggy Baker y asesinarla?

—No lo sé... ¡Ni me importa! El la mató, él y...

—Cálmese. ¿No se le ha ocurrido pensar que Rawson pudo estar cumpliendo órdenes de alguien, señor Newberry?

—¿Cómo? —Se pasmó éste.

—Le estoy diciendo que los motivos de Rawson pudieron no ser personales, sino que cometió el asesinato siguiendo órdenes de alguien.

—Pe... pero... ¿de quién? Oh, sí Rawson trabajaba para Clinton Mac Lemoire, éste pudo ser quien diese la orden.

—Es posible, sí. Pero... ¿por qué? Además, hay otro punto que todavía no he mencionado, señor Newberry, y del que nos ha puesto al corriente uno de los hombres de Mac Lemoire, llamado Griffin: Clinton Mac Lemoire, en efecto, era el jefe visible de ese grupo de criminales, pero, por encima de él, había... o hay, alguien más. Y creo que el tal Griffin tiene razón, porque, cuando la doctora

Conway y yo estábamos prisioneros de él, Mac Lemoire nos dejó unos minutos, y estoy seguro de que fue a pedir instrucciones sobre lo que convenía hacer con la doctora y conmigo... ¿Lo entiende? Hay alguien por encima de Mac Lemoire. Alguien que, en estos momentos, no puede contar con la ayuda de su banda, con la ayuda de nadie. Alguien que quizá sólo conocía Mac Lemoire... y que sigue en libertad. Es lo que en términos aventureros se llama «el cerebro director». ¿Me comprende?

—Sí... Creo que sí...

—¿Y no tiene usted idea de quién pueda ser esa persona?

—No... No. Pero... jeso significaría que esa persona que pudo ordenar la muerte de Peggy, sigue con vida, y que...!

—En efecto. Y tal como están ahora las cosas ya explicado lo de Mac Lemoire y su banda, así como toda la extraña actuación de usted, repetiré mi pregunta; ¿por qué matar a Peggy Baker? Si encontramos un motivo, quizá encontremos a la persona que dio esa orden, y que, indudablemente, podría ser... ese «cerebro director» de que hemos hablado. ¿No se le ocurre nada, señor Newberry?

—No... No, no.

—Pues a mí sí. ¿Quiere escuchar lo que se me ocurre?

—Claro, sí...

—Muy bien. Mire, no sé cómo, pero el hecho cierto es que Peggy Baker llegó a relacionarse con esa banda de tratantes de chicas y traficantes de drogas y asesinos.

—¿Qué quiere decir? —Se desorbitaron los ojos de Newberry—. ¿Qué está tratando de decirme? ¿Qué Peggy tomaba drogas, y que... que se vendía a... a cualquiera que...?

—No, no —respingó Kent—. Mis suposiciones no van tan lejos, señor Newberry, se lo aseguro. Mire, yo no le conozco a usted, en realidad, pero cada persona tiene un especial sentido intuitivo que le permite conocer a las personas que le rodean. En nuestro caso, yo tengo la convicción de que usted está siendo sincero, de que, por extraño que esto parezca, le considero una buena persona que... Demonios, usted ha asesinado a tres hombres, pero esto no tiene nada que ver con lo que trato de decirle: si usted me dice a mí que Peggy era una buena chica, por mí está bien. Es más, también me inclino a considerarlo así. Pero, Peggy tenía, lógicamente, muchas amigas. Supongamos, entonces, que una de esas amigas estaba en

dificultades, ya fuese por las drogas, o porque de un modo u otro, se había metido en ese lío de la trata de blancas. Ya sabe; chicas que permanecen en determinado lugar, se las llama por teléfono... Una de esas amigas de Peggy pudo estar muy bien en esa situación. Ahora escuche; Peggy se entera, y decide avisar a la policía, o quizá decírselo a su madre, o hacer algo... La amiga, o los explotadores de esa amiga se enteran... ¿Qué hacen entonces?

—Ordenan... el asesinato de Peggy... —jadeó Newberry.

—Eso es.

—Entonces... habría que buscar a esa amiga de Peggy y hacerle preguntas... ¿Quizá ella podría conducir al FBI, por fin, a esa persona que daba órdenes a Clinton Mac Lemoire!

—Exacto. ¿Cuántas amigas de Peggy conoce usted?

—No sé... Creo que ninguna... Dios mío, no lo sé, Kent... ¡Se lo juro!

—Pero debe conocer a algunas amistades de Peggy... señor Newberry.

—Sí... Supongo que sí... ¡Claro que sí! Puedo... puedo pensar, hacerle a usted una lista de ellas... ¿Serviría de algo?

—Caramba, señor Newberry, para ser usted un moribundo, tiene un cerebro que está en órbita de verdad —rió Kent—. Puede hacer eso, y yo se lo agradeceré mucho.

—Espléndido. Y ahora, como hemos dicho que íbamos a hablar en serio, y me parece que así ha sido en efecto, dígame... ¿qué enfermedad tiene usted? ¿Casma?

—Cáncer.

Kent Nixon palideció. Su mirada fue velozmente hacia Lavinia Conway, que, no menos pálida, lo miraba furiosamente. El agente del FBI tragó saliva, mientras intentaba sonreír.

—Es una buena broma —tartamudeó—. Pero...

—No es ninguna broma —dijo Lavinia.

—Por Dios... ¡No es posible!

—Es desgraciadamente posible y cierto, señor Nixon —replicó ella—. El señor Newberry vino a verme, me dijo que sentía grandes molestias dolorosas, y que no había querido ir a su médico de siempre. Yo diagnosticué el cáncer, pero... por desgracia, la enfermedad está tan avanzada que ya nada se puede hacer.

—Pe... pero la... Ciencia, la... la Medicina...

—El señor Newberry esperó demasiado. Me confesó que llevaba meses soportando esos dolores terribles. En mi examen pude comprobar sin ninguna dificultad que ya no estábamos a tiempo de nada.

—Una intervención quirúrgica...

—No. Imposible. Ya no, señor Nixon. El señor Newberry vino a verme demasiado tarde. Una intervención sólo habría conseguido acelerar su muerte. No hay nada que hacer. Ni lo había cuando el señor Newberry vino a verme. Así se lo dije, y él lo aceptó... deportivamente.

—¡Deportivamente! —Casi aulló Kent Nixon, aterrado.

—No hay que tomárselo así —sonrió Avery Newberry—. Sólo se muere una vez, Kent, muchacho.

—Pero... ¡Por Dios, eso es terrible!

—Bueno —dijo apaciblemente Newberry—, no tanto. Al menos, yo sé que me quedan pocas semanas de vida.

En cambio, usted nunca sabe cuándo le pueden meter una bala en la cabeza. Según cómo se mire, Kent, su enfermedad es peor que la mía. Por eso he admirado siempre a los agentes del FBI. A propósito, he hecho llamar a mi notario para hacer algunas modificaciones en mi testamento... Desde luego, mi álbum de recortes sigo dejándoselo a los Archivos del FBI. Pero, ya muerta Peggy, no sé qué hacer con el resto de mis propiedades. Así que voy a permitirme dejarle mi casa a la doctora Conway, para que tenga un estupendo consultorio... En cuanto a usted, le dejo mis trofeos de caza, y ciento sesenta y dos mil cuatrocientos veintidós dólares con diecinueve centavos. Espero que los acepte muchacho, porque... porque... AAAaaAAA... Aaaahhh...

El rostro apacible, sereno y bondadoso de Avery Newberry se crispó en una horrible mueca de intenso dolor. Kent Nixon quedó incapaz de reaccionar, pero Lavinia Conway se dispuso a abrir su maletín, sacó una jeringuilla, una ampolla...

Miró al agente del FBI.

—Morfina —dijo con un hilo de voz—. Pero de uso legal, señor Nixon, ¿inconvenientes?

Kent Nixon movió negativamente la cabeza, se puso en pie, y salió del cuarto. Afuera, le estaba esperando el inspector Nickerson, que se acercó presurosamente.

—Kent... ¿Estás bien?

—No, señor —jadeó el—

G-man

. Estoy muy mal... ¡Estoy peor que nunca en mi vida!

—¿Qué ha pasado? ¿Ha muerto Newberry? Se negó a que ningún médico que no fuese la doctora Conway lo reconociese, así que... ¿Ha muerto, Kent?

—No... No señor... Todavía no ha muerto. Y estoy seguro de que no morirá antes de hacer una lista de personas, de amigos de Peggy Baker.

—¿Qué quieres decir?

—Vamos a buscar a tres muertos, señor y por el camino, se lo explicaré todo.

* * *

Primero se pensó en que un par de agentes del FBI debían bucear en la piscina de aguas turbias para sacar a flote los tres cadáveres que según Avery Newberry había en el fondo. Pero luego se encontró una solución menos molesta y más lógica: la piscina fue vaciada.

Y, en efecto, ya antes de que estuviese completamente vacía, todos pudieron ver los tres bultos en su fondo. Luego, cuatro agentes del FBI descendieron por la escalerilla metálica, y fueron preparando los cadáveres para ser sacados. Muy cerca de los tres muertos, fue hallada una bolsa de plástico que contenía un rifle con mira telescópica, y una buena dotación de balas, así como un silenciador.

Las órdenes del inspector Nickerson fueron rotundas y clarísimas.

—A Balística con todo esto. Y que vean si las balas que dispara este rifle son las que han matado a estos tres hombres... Que se comparen también con la bala que fue encontrada en el cuerpo de Peggy Baker.

Los tres cadáveres estaban hinchados, y cosa horrible, en verdad, cada uno de ellos tenía la cabeza metida dentro de una bolsa de plástico. Una cabeza que, a la luz de las linternas, se vio con toda claridad que no estaba completa. Las balas, certeramente

disparadas por Avery Newberry habían sido implacables.

—Parece un caso resuelto —dijo Chris, que evidentemente se había olvidado de su novia rubia.

—Yo no lo creo así —negó Kent Nixon.

—¿Por qué no?

—Ve con ellos, Chris —dijo Nickerson—. Y ocúpate de asunto de Balística. Ya hablaremos. —Sí, señor.

Chris se alejó, y Nickerson y Kent se quedaron junto al borde de la vacía piscina, sombríos.

—Habría que decírselo a la señora Baker —murmuró Nickerson.

—Ni hablar de eso —se asustó Kent—. Podemos decirle que el señor Newberry ha matado a tres hombres, que uno de éstos mató a la hija de ella, que todo ha sido cosa de una banda repugnante..., pero, desde luego, no seré yo quien le diga semejante cosa a esa pobre mujer sin que esté presente la doctora Conway, señor.

—Entiendo. Bueno, creo que podemos dejar la explicación para el momento en que la doctora Conway pueda acompañarnos, ¿no te parece? Mientras tanto, todos tenemos mucho trabajo en la Delegación, así que, salvo mejor idea, creo que debemos volver allá. ¿Tú qué dices, Kent?

—Yo digo, señor, que ojalá me hubiese ido de vacaciones a Nueva York antes de que el señor Newberry apareciese en el despacho de usted.

—A decir verdad, yo también hubiese querido estar de vacaciones —murmuró Nickerson—. Pero, como no es así, vamos al trabajo. Mañana vendremos con la doctora Conway a dar explicaciones a la señora Baker.

* * *

Aquella noche, el personal del FBI tuvo trabajo hasta muy tarde. En realidad, hasta bien entrada la madrugada. Pero, para entonces, había cosas que estaban clarísimas. Por ejemplo, el rifle encontrado en la piscina de la señora Baker tenía las huellas digitales, inconfundibles, de Avery Newberry, y las balas utilizadas por ese rifle eran las que habían matado a Chalmer Rawson, Owen Robinson, y Marvin Watkins, si bien, solamente en la cabeza de Robinson, cualquiera sabía por qué y cómo, había quedado la bala

que lo había matado. Pero, fue suficiente.

Otra cosa que quedó probada, tras consultas y reuniones con la policía, fue que el rifle que había sido utilizado para matar a Peggy Baker, no era el mismo que el utilizado para matar a Rawson, Robinson y Watkins, de donde se desprendía, que salvo retorcida astucia por parte de Newberry, éste no había tenido nada que ver con el asesinato de la muchacha, como todavía algunos creían.

La tercera cosa conseguida por el FBI aquella noche, la proporcionó la doctora Conway, que, todavía en sujetadores y pantaloneros, pero con abrigo de pieles, llevó al despacho de Nickerson una lista de amigos y amigas de Peggy Baker, según lo pedido por Kent Nixon para seguir en busca del «cerebro director».

Entre unas cosas y otras, Kent Nixon sólo pudo dejarse caer en un sillón, derrengado, hacia las cinco de la madrugada.

CAPÍTULO VIII

—Kent... Kent...

—¿Eh...? ¿Qué... qué pasa, qué...?

Kent Nixon se enderezó en el sillón, y se dedicó a mirar las sombras que veía a su alrededor, hasta que consiguió quitarse las telarañas que todavía tenía ante los ojos.

—Tienes una visita —dijo su despertador humano—. ¿Una pelirroja?

—No —rió su compañero de guardia dominical—. Es un niño.

—Hombre, vete al... ¿Un niño?

—Dice que se llama Billy, y que...

—Tráelo aquí.

—Vale.

Kent Nixon quedó solo. Bostezó, se puso en pie, y rápidamente ordenó sus cabellos. Finalmente, encendió un cigarrillo, de modo que cuando el muchacho fue introducido en el cuarto, el

G-man

parecía ya el más despejado de los mortales.

—¡Caramba, Billy! —saludó—. ¡Qué sorpresa, muchacho!

Dirigió una expresiva mirada al otro

G-man

, y éste, comprendiendo, salió del cuarto, dejándolos solos. Billy miraba a todos lados, como esperando ver algo fantástico de un momento a otro... Por fin, como decepcionado, miró fijamente a Kent.

—Buenos días, señor Nixon... Le traigo una cosa.

—Ah... Estupendo.

—No sé si se acuerda usted de mí. Soy...

—¡Pero hombre! Claro que me acuerdo... Vamos, no digas

tonterías. ¿Acaso ignoras que cuando un agente del FBI ve una cara ya no la olvida jamás? Sobre todo, si es la cara de un amigo... Y nosotros somos amigos, ¿o no?

—Sí, señor —sonrió Billy.

—Ajá. Oye, ¿qué hora es?

—No sé... Las once o así. Es una postal.

—¿Me traes una postal?

—Sí, señor. Es de Ronnie.

—¿De Ronnie Rawson? ¿Tu amigo que quiere ser acróbata, el que creías que te había robado la rana?

—Sí, señor.

—Vaya... Me alegro, hombre. ¿Te das cuenta? Está resultando que además de no haberte robado la rana, es un buen amigo que se acuerda de ti. Lo cual significa que nunca debemos apresurarnos a enjuiciar a los demás. ¿Me entiendes, Billy?

—Sí, señor —asintió el muchacho, con los ojos muy abiertos.

—Estupendo. ¿Me dejas ver la postal? —Claro...

Kent la tomó, con gesto amable, y le echó un vistazo. En la postal, con indiscutible letra infantil, había esto escrito:

«Querido amigo Billy, estoy muy bien, y tengo siete ranas más grandes que las otras, y hace unos días vi un circo con acróbatas que lo hacían muy bien. Me acuerdo de ti y de Mary Anne porque os quiero a los dos, díselo a ella no se te vaya a olvidar. Muchos abrazos de tu mejor amigo.

»Ronnie«.

—¿Le sirve esto de algo al FBI, señor Nixon?

—Seguro que sí, Billy... Pero cuando le escribas a tu amigo Ronnie, dile que olvidar es con V, no con B.

—No puedo escribirle, porque no me dice dónde vive.

—Sí, hombre... Sí que te lo dice. Nosotros te lo vamos a encontrar, ya verás. ¿Te gustaría?

—¿El FBI va a buscar a mi amigo para que yo pueda escribirle?

—exclamó el muchacho.

—Exactamente. Y puedes decírselo así a todos tus amigos del barrio.

—¡Caray! ¡Si digo eso me van a nombrar jefe del club, señor Nixon!

—¿Y no te gusta?

—¡Ya lo creo!

—Como ves, el FBI devuelve siempre los favores, Billy.

—¡Carambolas, ya lo creo...! Pero. —Billy se desilusionó rápidamente—. ¿Cómo van a encontrar a Ronnie si no pone su dirección ni nada?

El

G-man

se quedó mirando al matasellos de la postal, en el que se leía claramente no sólo el día y la hora del envío, sino el lugar de procedencia: Greeley, Colorado.

—Bueno —sonrió—. Ya verás cómo nos las arreglamos...

* * *

Todavía no eran las doce cuando los agentes especiales del FBI Chandler, Payne, Looman y Dickson, entraban en el despacho del inspector Carruthers, jefe de la Delegación de Colorado. El cual los saludó con un gesto, y señaló uno de los teléfonos que había sobre su mesa.

—Acaban de llamar desde New Haven por la línea directa —dijo—. Éste va a ser un domingo como muchos otros, muchachos.

—Bueno —refunfuñó Dickson—. Me conformo con poder cenar en casa, señor.

—Depende de vosotros. Hay que encontrar a dos personas que están viviendo ahora en Greeley.

—Eso está muy cerca de aquí —se alegró Chandler—. ¿Dónde viven, en Greeley?

—No lo sabemos... Solamente sabemos que están allí, que se apellidan Rawson... si no han cambiado el nombre, y que son madre e hijo. La madre se llama Rose, y el niño, Ronnie... No sabemos gran cosa de la madre, pero sí sabemos que al niño le gustan las ranas y que quiere ser acróbata.

—Es una pista estupenda —dijo mordazmente Payne.

—Ya sabía yo que la apreciaríais debidamente —sonrió con amable ironía Carruthers—. Bueno, ¿qué estáis esperando?

* * *

El martes, hacia las cinco de la tarde, Ronnie Rawson vio detenerse el coche delante de la casa de tía Mary, mientras jugaba en el jardín con unas cuantas ranas. Del coche, vio apearse un hombre alto y rubio, de hombros muy anchos y manos grandes... Eran unas manos tan grandes y tan fuertes que seguramente solo necesitaba una de ellas para sujetarse a la barra del trapecio... ¡Qué tío...!

El formidable sujeto se detuvo delante de la blanca valla del jardín y le saludó, sonriendo con el gesto de un *boy-scout*.

—¡Hola! —dijo alegremente—. ¿Puedo pasar, Ronnie?

¡Atiza! ¿Cómo sabía su nombre aquel tipo tan alto?

—Sí, señor —se puso en pie Ronnie.

—Gracias —el hombre rubio entró en el jardín, se llegó hasta él, miró las ranas y dijo—. Apuesto a que muy pronto podrás saltar tanto como ellas, Ronnie. ¿Ya les has descubierto el truco?

—No, señor —se pasmó el muchacho—. Todavía no.

—Bueno, no hay que desesperar, créeme, ya verás como conseguirás ser un formidable acróbata. Dime, Ronnie, ¿está tu madre en casa?

—Sí... Sí, señor —el muchacho no salía de su asombro—. Está preparando la cena, con tía Mary.

—¿Te molestaría decirle que tiene una visita? Hazme ese favor, ¿quieres?

—Sí, señor.

—Eres un gran muchacho. A propósito, te traigo saludos de otro gran muchacho, un buen amigo tuyo... aunque está un poco enfadado porque no te despediste de él, y además, dejaste morir las ranas... ¿Sabes a quién me refiero?

—¡A Billy!

—Eso es. Anda, ve a buscar a tu madre.

Ronnie echó a correr hacia la casa. Medio minuto después, aparecía en el porche, acompañado de su madre, que estaba muy pálida, y miró enseguida con expresión aterrada al atlético rubio, el

cual la contemplaba atentamente.

—¿Qué... qué desea usted?

—¿Señora Rawson?

Por un instante, pareció que la mujer fuese a negar, pero debió comprender que era perder el tiempo.

—Sí..., sí.

El sujeto rubio y atlético mostró algo que sacó de un bolsillo interior.

—Soy Kent Nixon, señora Rawson; del FBI. Quisiera hacerle algunas preg...

No dijo nada más, porque, de pronto, Rose Rawson escondió el rostro entre las manos, y rompió a llorar.

* * *

El miércoles por la tarde, a las seis y media aproximadamente, la doctora Conway despidió a la última visita del día. Se quitó la bata mientras caminaba hacia la puerta de su despacho. La abrió y asomó la cabeza.

—Mario —buscó con la mirada a su enfermera—, puedes marcharte ya si...

Se calló de pronto. El último paciente se puso en pie, y le sonrió amistosamente, alzando una mano.

—Hola, doctora Conway —saludó.

—Señor Nixon... ¿Qué hace aquí? —se asombró Lavinia.

—Todavía no tengo paperas —dijo el

G-man

—. Pero la necesito a usted, doctora.

—Bien... Pase, por favor. Veremos...

—Sería mejor que usted me acompañase, si no tiene inconveniente.

Lavinia Conway parpadeó. Luego, miró a su enfermera, que esperaba expectante.

—Puedes marcharte, Mario. Yo me iré enseguida con el señor Nixon.

—Está bien... ¿No será familia del presidente Nixon?

—Nixon, de los Banners —masculló Kent—. Puede preguntarle a la doctora Conway, que conoce mi biografía mejor que yo.

—Estoy segura que es una biografía interesante —rió la enfermera, se quitó la bata, la dejó en el armario, y se puso el abrigo—. Hasta mañana, doctora.

—Adiós, Mario.

—Y recuerde —gruñó Kent—: Nixon, de los Banners.

—No lo olvidaré —rió Mario; y salió todavía riendo.

Kent fue hacia el despacho de Lavinia, la empujó delicadamente por un hombro, entró, fue al armario, sacó su abrigo, y se volvió hacia ella. Lavinia aceptó la ayuda, en silencio. Luego, el agente del FBI localizó el maletín, lo tomó, y señaló la puerta.

—¿Adónde vamos? —murmuró Lavinia.

—A visitar a uno de sus pacientes.

—¿Ha tenido el señor Newberry otro...?

—No, por ahora, que yo sepa. El señor Newberry está muy tranquilo en la clínica, donde, según entiendo, pasará las pocas semanas que le quedan de vida, lo mejor atendido posible.

—Pero... ¿no van a juzgarle?

—Se está preparando todo..., pero me parece que no llegarán a tiempo de sentarlo en el banquillo de los acusados.

—Pobre hombre... ¿Adónde vamos, señor Nixon?

—A visitar a la señora Baker. He sabido algo últimamente y tengo que darle una mala noticia que posiblemente requerirá la presencia de usted. Con un corazón tan delicado como el de esa pobre señora, hay que andar con mucho cuidado, ¿verdad?

—Claro... Le acompañaré con gusto, señor Nixon. Y espero que tenga usted en cuenta el estado de salud de la señora Baker.

Con estas palabras se pusieron en camino.

—Si no tuviese en cuenta eso, no la habría venido a buscar a usted, ¿no le parece?

—Sí —parpadeó Lavinia—. Tiene razón... Cuando quiera, señor Nixon. Incluso me alegro de visitar a la señora Baker.

—Estupendo.

* * *

Margaret Baker miró de uno a otro, con el ceño ligeramente fruncido, pero acabó por señalar el sofá, que estaba delante de ella.

—Siéntese, por favor —se mordió los labios y musitó—. ¿Cómo

está Avery?

—Todo lo bien que puede estar —dijo Lavinia, un poco mortificada—. Ya le expliqué a usted que cuando acudió a mí, ya no...

—Sí, sí, lo sé. Pobre Avery... Ha sido siempre tan bueno conmigo, con Peggy...

—Precisamente, señora Baker —intervino Kent—, he venido a hablarle de su hija. Comprendo que es un tema penoso para usted, pero no tengo más remedio que exponer el asunto. Créame que, a pesar de todo, evitaría esta entrevista si pudiera.

—¿Qué tiene que decirme? —susurró *mistress* Baker.

—Sabemos ya quién mató a su hija, señora. —Sí— se desconcertó la señora Baker. —Sí, claro, ya me dijeron...

—Bueno, ha habido una ligera modificación en el caso, señora. Efectivamente, el causante... directo y material de la muerte de su hija fue un hombre llamado Chalmer Rawson, como ya se le informó. Sin embargo, hay otro culpable, que a mi modo de ver las cosas es mucho más culpable, si me permite expresarme así.

—Me parece... que no le entiendo...

—Conseguimos localizar a Rose Rawson; la mujer del asesino material y, aunque me siento... francamente mal, señora, tengo la obligación, la penosa obligación de finalizar este asunto en todos sus puntos y detalles. Lo lamento.

—Sigo sin comprender.

—Se lo explicaré. —Kent Nixon estaba pálido—. Como usted ya sabe, Chalmer Rawson, el hombre que disparó contra su hija, trabajaba para una banda de... criminales, bajo las órdenes directas de un hombre llamado Clinton Mac Lomore, que murió al resistirse al FBI. Bien... la señora Rawson nos ha dicho por qué su marido mató a la hija de usted.

—¿Por qué?

Kent Nixon se pasó la lengua por los labios.

—Chalmer Rawson tenía un... especial trabajo dentro de esa organización. Era... recaudador de la banda. Por sus manos pasaba mucho dinero, producto de la venta de drogas en especial, y de... del comedor de muchachas. Rawson recogía semanalmente importantes cantidades de dinero, que luego iba a llevar a Clinton Mac Lomore. Un día, Chalmer Rawson tuvo la genial idea de estafar

a Mac Lemoire. Probó con una pequeña cantidad, y Mac Lemoire no se dio cuenta. Luego, con otra cantidad mayor, y después con otra... Finalmente el... astuto Chalmer Rawson se las iba arreglando para quedarse con una buena parte de los beneficios que, semanalmente, tenían que ir a parar a manos de Clinton Mac Lemoire, el cual no sospechaba nada, porque confiaba mucho en Rawson. Y así seguirían las cosas si alguien no hubiese descubierto que el pillastre de Rawson se quedaba con el dinero de la banda... Ese alguien, señora fue su hija.

—¿Mi... hija?

—Sí, señora, su hija.

—Pe... pero... no... no...

—Sí. Según nos ha contado la señora Rawson, su hija tuvo una entrevista con su marido, diciéndole que había descubierto que él se quedaba con buena parte del dinero recaudado, y que le iba a dar su merecido, delatándolo al jefe de la banda. Se separaron, y su hija se vino hacia aquí... Rawson se adelantó a ella, debió llegar unos minutos antes, la esperó, y cuando ella llegó, la mató, para que su hija no pudiera decir lo que había descubierto de él, pues, lógicamente, la banda lo castigaría. ¿Me comprende, señora Baker?

—No... ¡No! —gritó Margaret Baker.

—Me parece que sí. Usted comprende perfectamente que todo ello implica que su hija se hallaba introducida en esa banda, y que, lógicamente, tenía relaciones con Clinton Mac Lemoire. Pero, por si lo duda, le diré que la señora Rawson lo ha asegurado. La señora Rawson dice que Peggy Baker era cómplice de Me Lemoire, si bien eso solamente lo sabían dos o tres personas de más confianza de la banda.

—No, no, no...

—Después de matar a Peggy, Chalmer Rawson volvió a su casa, y le contó a su esposa lo sucedido. Estaban asustados, pero, como pasaban los días, y Mac Lemoire no le decía nada a Rawson, éste se tranquilizó; estaba bien claro que la banda no sabía nada, pues, de ser así, Rawson habría sido inmediatamente asesinado, por ladrón, traidor y asesino de su hija. Como nada sucedió, digo, Rawson se tranquilizó. Sin embargo, casi dos semanas más tarde, una noche, Rawson no regresó a su casa. Su esposa comenzó a preocuparse, tenía un miedo terrible... Después de todo un día de esperar en

vano el regreso de su marido, el miedo sólo le permitió pensar en una cosa: lo habían descubierto, lo habían matado seguramente, y... ¿qué iban a hacer con ella y con su hijo Ronnie? Ante estas perspectivas, la señora Rawson, aquella misma noche escapó de New Haven, con el niño. Se fueron a un pueblo llamado Greeley, en Colorado, donde vive una hermana de la señora Rawson. Y allí los encontramos.

—No... no puede ser verdad que... que...

—Lo es, señora. Y me parece que usted ya ha comprendido toda la verdad.

—No —jadeó Margaret Baker—. ¡No!

—Sí, señora. Fíjese bien; su hija de usted se entera de que Rawson está robando a la banda, y entonces, en lugar de ir a decírselo a Mac Lemoire, viene aquí, a su casa. Esto quizá no sea muy sorprendente, pero sí lo es el hecho de que Chalmer Rawson supiese que Peggy vendría aquí, no a casa de Mac Lemoire... Lo lógico, puesto que Peggy quería comunicar su descubrimiento al jefe de la banda, habría sido que fuese a decírselo a Mac Lemoire. Pero no. Vino aquí. Directamente aquí, y Rawson sabía que haría eso. ¿Sabe por qué, señora Baker?

—¡No!

—Sí lo sabe. Peggy vino aquí porque sabía perfectamente que quien dirigía realmente la banda no era Clinton Mac Lemoire, sino su propia madre. Usted, señora Baker... que estaba... preparando a su hija para que, cuando usted faltase, ella heredase el... negocio.

Y es inútil que lo niegue, señora, porque la esposa de Rawson nos lo ha dicho sin vacilar, una vez localizada. Chalmer Rawson lo sabía, y se lo dijo a su mujer.

Y la prueba de que Rawson lo sabía es que vino aquí a esperar a su hija para matarla. Es inútil que lo niegue, señora Baker. Así que —el

G-man

sacó unas cuartillas del bolsillo— me he permitido traer una confesión preliminar de usted, para que la firme y podamos redactar el informe final sobre este caso. ¿Me hace el favor de firmar?

Margaret Baker no se movió. Miraba fijamente al

G-man

, como alucinada. En cuanto a Lavinia Conway, estaba lívida como un cadáver, y sus ojos desorbitados parecían incapaces de dejar de mirar a su paciente.

Por fin, la señora Baker alargó una mano, tomó la confesión preliminar, el bolígrafo de Kent, y firmó, en las cinco páginas. Devolvió luego éstas, y suspiró profundamente.

—Dios mío —gimió de pronto Lavinia—. Es como... como si hubiese firmado que... que ella misma mató a su hija.

—En cierto modo, así es —murmuró Kent—. La señora Baker, no sólo tenía tres cadáveres en la piscina, y muchas otras muertes sobre su conciencia, sino que, por fin, incluso fue la causante del asesinato de Peggy Baker.

—No... ¡No! —Chilló Margaret Baker—. ¡No!

—Mire, señora...

—¡No! —Margaret Baker se puso en pie—. ¡NOOOO! De pronto, sus ojos giraron, su boca quedó crispada en un atroz gesto de angustia, y se desplomó. Lavinia lanzó una exclamación y se apresuró a arrodillarse junto a la señora Baker... Pocos segundos después, miraba aterrada al hombre del FBI.

—Ya... ya no hay nada... qué hacer...

—Entonces —dijo fríamente Kent Nixon—. Avisaremos a la Morgue. Salvo que lo tirásemos a la piscina, este cadáver comenzaría pronto a oler mal.

—¿Cómo... cómo puede hablar así? —sollozó Lavinia.

—En inglés —dijo Kent.

Y se dirigió hacia el teléfono.

ESTE ES EL FINAL

—Entonces, señor... ¿no se lo diremos a Avery Newberry?

—Está bien, Kent, no se lo diremos. Simplemente, la señora Baker ha fallecido de un ataque al corazón... Dejaremos a ese pobre hombre morir en paz. Creo que tienes razón; si Newberry supiese la verdad, la poca vida que le queda sería aún más infernal para él.

—Gracias, señor. Ya sé que el señor Newberry metió tres cadáveres en la piscina, pero...

—Olvídalo. Nosotros hemos hecho nuestra parte, y no tenemos por qué hurgar en las heridas de nadie. Si llegan a tiempo, le juzgarán. Mientras tanto, que siga creyendo que Peggy Baker era una niña de dorados bucles, dulce, cariñosa... Lo contrario sería una canallada por nuestra parte. Caso resuelto. Y ahora que... ¿Qué te ocurre?

Kent Nixon se dejó caer en un sillón, y se llevó una mano a la frente.

—No sé... Estoy ardiendo... Me duele la cabeza... Creo que tengo fiebre, señor.

—Me alegro —saltó Chris—. Así dejarás de fastidiarnos durante unos cuantos días.

Fred y James soltaron una risita, mientras Nickerson sonriendo, se inclinaba sobre Kent y le ponía una mano en la frente.

—Caramba... Ya lo creo que tienes fiebre, Kent —exclamó—. Y no poca, muchacho. Oye, James, ve a llamar al doctor Simp...

—¡No! —aulló Kent—. ¡Yo quiero a mi médico!

—¿Qué?

—Tengo médico particular... Y quiero que me atienda...

—Bueno... Cálmate, hombre. Llamaremos a ese otro médico... ¿Cuál es su teléfono?

—NW B

28 34.

—Muy bien. —Nickerson se dirigió hacia el teléfono—. Llamaremos a ese número. Dime cómo se llama... Un momento. ¿No es ése el número de teléfono de la doctora Conway?

—Qué malito estoy —eludió Kent—. Qué malito.

* * *

—¿Qué tiene? —Se impacientó Nickerson—. Naturalmente, no es nada grave, pero...

Lavinia Conway parecía no oírlo. Muy seria, estaba examinando al agente especial del FBI, Kent Nixon, que insistía en decir que estaba «muy malito». Por fin, se irguió, preguntando.

—Señor Nixon, ¿ha estado usted con niños últimamente?

—Sí... Sí, sí. Especialmente, en la casa de la hermana de la señora Rawson, allá en Colorado. Tiene tres niños, y por cierto que dos de ellos estaban en cama, enfermitos.

—¿Y me dijo usted que no había tenido el sarampión?

—Eso dije... No lo he tenido, no...

—Pues, señor Nixon, me parece que ya no podrá volver a alardear de eso.

—¿Quiere decir que tiene el sarampión? —dijo el agente Chris.

—Exactamente.

Durante tres o cuatro segundos, nadie se movió, pareció que incluso nadie respirase. Chris lanzó una carcajada, y en el acto, los demás hicieron lo mismo. En un instante, apareció que todos fuesen presa de un ataque de risa en el despacho de Nickerson. Excepto Kent Nixon, por supuesto, y la doctora Conway, que alzó los brazos con un gesto airado.

—¡No me parece que sea cosa de...! ¡Oh!

Todos habían dejado de reír, pues, al abrir los brazos Lavinia, el abrigo siguió el movimiento, y la despampanante pelirroja, por un segundo, apareció en sujetadores y pantaloncitos ante los hombres del FBI. Se apresuró a cerrarlo, tan sonrojada como si su rostro fuese del mismo color que sus cabellos.

—Es que... salí con tanta prisa cuando me dijeron que Kent... que el señor Nixon estaba...

—Mi madre —dijo de pronto James—. Si ha de venir un médico así, yo también quiero tener el sarampión.

—Pues no esperes de mí que te lo contagie —gruñó Kent—. ¿O no se contagia, doctora?

—Depende —dijo Lavinia, todavía sonrojada: de pronto se inclinó sobre él y lo besó en los labios; muy brevemente, porque Kent respingó, apartándola—. No se preocupe por mí, señor Nixon; yo ya pasé el sarampión... y estaba deseando hacer esto desde que le vi.

—Qué coincidencia —sonrió astutamente Kent Nixon, de los Banners—. Yo también.

FIN



Lou Carrigan es el seudónimo de Antonio Miguel de los Ángeles Custodios Vera Ramírez.

Nacido en Barcelona en 1934, finalizó en 1953 sus estudios de Peritaje Mercantil, ingresando acto seguido en la banca. En 1958 comenzó a escribir novelas de aventuras, sacrificando el tiempo y los días libres que le dejaba su empleo. El primer western, titulado *Un hombre busca a otro hombre*, apareció en marzo de 1959; a final de 1959 había escrito 6 novelas del Oeste.

Tras el éxito de sus primeras ediciones, en 1962 abandonó su trabajo en el Banesto para dedicarse en cuerpo y alma a la redacción de novelas de género: aventuras, western, artes marciales, terror... pronto se convirtió en uno de los adalides de aquella generación de autores de «bolsilibros» que teñían sus raíces con barniz anglosajón, aplicado al nombre principalmente: Silver Kane (Francisco González Ledesma), Curtis Garland (Juan Gallardo Muñoz), Joseph Berna (José Luis Bernabeu López)...

Especialmente, la vertiente policíaca y de espionaje han sido las que han conferido a Lou Carrigan mayor reputación entre sus miles de fans, permitiéndole trabajar para editoriales punteras en aquellos días como Rollán, Bruguera, Petronio, Producciones Editoriales,

etcétera.

También ha producido medio millar de títulos protagonizados por un mismo personaje, la letal espía *Baby*, éxito de masas en la América hispana y sobre todo en tierras brasileñas.

En 2004 el propio autor cifraba en más de 1100 los libros realizados, algunos reeditados hasta cinco veces, y con numerosas ediciones pirata.

Ha utilizado otros seudónimos como Angelo Antonioni, Crowley Farber, Mortimer Cody, Lou Flanagan, Anthony Hamilton, Sol Harrison, Anthony Michaels, Anthony W. Rawer, Ángela Windsor y Giselle...